



VERBUM

REVISTA

DEL

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

SUMARIO

BEETHOVEN

(1827-1927)

Beethoven	5
Beethoveniana	7
A. Farinelli, Beethoven	19
F. Capello, Beethoven	28
E. Fariña Nuñez, La Quinta sinfonía	37
J. A. Camurati, Palabras alusivas	47
A. J. Battistessa, El significado espiritual del « Homenaje a Beethoven »	49

CRÓNICA

C. Alberini, Discurso inaugural	59
C. Alberini, Arturo Farinelli	72
La asamblea general ordinaria ; <i>Memoria y balance</i> del período 1926-1927 ; renovación de las autoridades del Centro	77

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

VIAMONTE, 430

1927

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

ADHERIDO A LA FEDERACIÓN UNIVERSITARIA

COMISIÓN DIRECTIVA

(Período 1927-1928)

<i>Presidente</i>	José Angel Camurati.
<i>Vicepresidenta</i>	María Douillet.
<i>Secretario de Notas</i>	Juan Angel Fraboschi.
<i>Secretaria de Actas</i>	Luisa Alonso Díaz.
<i>Tesorero</i>	Santiago Pastorino.
<i>Protesorero</i>	Agustín García Puga.

DELEGADOS

1 ^{er} año {	Margarita L. Maurice.	3 ^{er} año {	Marcos A. Morínigo.
	Juan José Drovandi.		Romeo Pappolla.
2 ^o año {	Carmen A. Erill.	4 ^o año {	Pura Caballer.
	Félix Plaza Gómez.		Celestina Brunetti.
		5 ^o año {	Cata E. Turini.
			Cloc de los Santos.

BIBLIOTECA

<i>Director</i>	Jorge Zamudio Silva.
-----------------------	----------------------

VERBYM

<i>Director</i>	Angel J. Battistessa.
<i>Secretario de redacción</i>	Eduardo R. Vaccaro.
<i>Administrador</i>	Romualdo Ardissonne.

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

FEDERACION UNIVERSITARIA



VERBUM

REVISTA

DEL

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DIRECTOR : ANGEL J. BATTISTESSA

SECRETARIO DE REDACCIÓN : EDUARDO R. VACCARO

ADMINISTRADOR : ROMUALDO ARDISSONE

AÑO XX

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

430, CALLE VIAMONTE, 430

1927





BEETHOVEN

1827-1927)

*... vergest mich nicht ganz im Tode. Ich habe es um
Euch verdient, indem ich in meinem Leben oft an
Euch gedacht, Euch glücklich zu machen; seid es!*

Beethoveniana ⁽¹⁾

TESTAMENTO DE HEILIGENSTADT

A mis hermanos Karl y Johann Beethoven,
para ser leído y ejecutado después de mi muerte.

¡Oh, vosotros, hombres que me consideráis hostil, terco o misántropo, cuán injustos sois para conmigo! Vosotros no sabéis

(1) La correspondencia de Beethoven es bastante conocida entre nosotros, gracias principalmente a las cartas insertas por Romain Rolland en su difundido estudio biográfico; creemos, sin embargo, que no será del todo inútil reproducir en este número-homenaje de *Verbum* algunos de los escritos íntimos del gran músico. Aunque no se trata de composiciones de índole literaria — y quizá por ello mismo — esos escritos procuran una fisonomía más directa del hombre, una visión más inmediata y de tamaño natural. En esta breve *Beethoveniana* se reproducen aquellos documentos que, como el llamado *Testamento de Heiligenstadt*, descubren algunos de los aspectos más angustiosos de la tragedia física y moral del maestro; cartas que, a semejanza de la famosa dedicada a Teresa de Brunswick, dan prueba del fervor amoroso del autor de la sonata en *fa* op. 57, de la op. 78 y de las inefables melodías *An die ferne Geliebte*; muestras epistolares, en fin, que, cual las dirigidas al pastor Amenda y al doctor Wegeler, dicen mucho de la cordialidad y del fino sentido amistoso de Beethoven.

Para la versión del *Testamento* y de las cartas a sus amigos, se sigue, en lo posible, el texto alemán, tal como va inserto en el libro *Ludwig van Beethoven*, de W. A. Thomas-San Galli (Munich, 1913), que, por lo documentado y reciente, excusa, desde algunos puntos de vista, la consulta de los trabajos anteriores de Nohl, von Frimmel, Kalischer, Chantavoine, Ritter von Köchel, etc. En la reproducción de la carta a la *Amada inmortal*, se sigue el criterio de Romain Rolland, esto es, se la despoja de los detalles y alusiones circunstanciales que contiene, y sólo se toman los pasajes que mejor reproducen la efusión pasional del músico. — A. J. B.

la secreta razón de que esto os parezca así. Mi corazón y mi espíritu se mostraron propensos desde la infancia al tierno sentimiento de la bondad; siempre he estado dispuesto para llevar a cabo grandes acciones. Pero pensad tan sólo en lo horrible de mi situación desde hace ya seis años, situación agravada por médicos sin tino, que año tras año me han engañado con esperanzas de mejoría; y ahora no me queda más perspectiva que la de un *mal durable*, pero cuya curación exige años, si es que no resulta imposible. Dueño de un temperamento apasionado y dinámico, amigo de las distracciones de la sociedad, en edad temprana me fué menester apartarme de los hombres y pasar mi vida solitaria. ¡Si algunas veces intenté sobreponerme a todo, cómo choqué entonces contra la realidad amarga y siempre renovada de mi mal! Sin embargo, yo no podía decir a los hombres: « ¡Hablad más alto, gritad, porque estoy sordo! » ¡Cómo podía revelar la debilidad de un sentido que debería ser en mí más perfecto que en los demás, un sentido que antaño poseí con la más acabada perfección, y tal que a buen seguro pocos de los de mi oficio la han alcanzado nunca! — ¡Oh, me es imposible hacer esto! — Debéis perdonarme, pues, si me véis vivir retraído, cuando en realidad yo quisiera participar de vuestra compañía. Mi desgracia es doblemente dolorosa, puesto que ella hace que se me conozca mal. Me está vedado el encontrar algún reposo en la sociedad de los hombres, en las conversaciones gentiles, en las efusiones mutuas. Solo, eternamente solo. No me arriesgo a llegar hasta las gentes, sino es a impulsos de una necesidad imperiosa. Debo vivir como un desterrado. Si por acaso me acerco a los hombres, el miedo de que descubran mi situación me hace presa de una angustia devoradora.

— Es por esto que acabo de pasar seis meses en el campo. Mi docto médico me pone en el compromiso de cuidar mi oído o más posible, y va más allá de mis propias intenciones. Sin embargo, muchas veces, nuevamente poseído de mi amor hacia la sociedad, me he dejado arrastrar hasta ella. Pero, ¡qué humillación, cuando cerca de mí estaba alguien escuchando una flauta que sonaba a lo le-

jos, mientras *yo no oía nada*; qué humillación, cuando alguien *escuchaba el canto de un pastor*, mientras que yo tampoco oía nada! Semejantes pruebas me pusieron al borde de la desesperación; poco faltó para que yo mismo pusiese fin a mi vida. Pero el *Arte*, y sólo él, me ha detenido. Me parecía imposible poder abandonar este mundo antes de haber realizado todo lo que me siento capaz de realizar. De este modo prolongaba esta vida miserable. — realmente miserable; un cuerpo tan irritable que el menor cambio hace pasar del mejor al peor de los estados. — ¡Paciencia!, — suele decirse. Ahora debo tomarla por guía. Ya la he tomado. — Espero que mi resolución de resistir pueda durar hasta que a las Parcas inexorables les plazca cortar el hilo de mi vida. Acaso esto será lo mejor, acaso no, pero estoy listo. — No es nada fácil el verse en el trance de ser filósofo a los veintiocho años; y esto es más duro para un artista que para otro cualquiera.

— ¡Divinidad, desde lo alto tú penetras en el fondo de mi corazón, tú le conoces, tú sabes que en él hallan albergue el amor hacia los hombres y el deseo de hacerles bien! ¡Oh, vosotros, hombres, si un día leéis esto, pensad que habéis sido injustos para conmigo; pensad que el desventurado se consuela al encontrar otro desventurado como él, que, a pesar de todos los obstáculos de la naturaleza, hace todo lo que está a su alcance para llegar a ser admitido en el círculo de los artistas y de los hombres selectos!

Vosotros, hermanos míos, Karl y Johann, tan pronto como yo haya muerto, si el profesor Schmidt vive aún, pedidle, en mi nombre, que describa mi enfermedad. A la relación de mi enfermedad unid esta carta, a fin de que después de mi muerte, y en la medida de lo posible, el mundo se reconcilie conmigo. — Al mismo tiempo a vosotros dos os reconozco herederos de mi pequeña fortuna, — si así puede llamarse. Partidla lealmente, estad siempre de acuerdo y ayudaos el uno al otro. Vosotros sabéis el mal que me habéis hecho; yo os lo he perdonado desde hace mucho tiempo. A ti, hermano Karl, te agradezco particularmente la solicitud y apego de que me has dado muestras en estos últimos tiempos. Mi deseo es que tengáis una vida más feliz, más exenta de cuidados que la

mía. Aconsejad a vuestros hijos la virtud, porque sólo ella puede dar la felicidad, que no da el dinero. Hablo por experiencia. Ella me ha confortado en mi miseria; a ella debo, tanto como a mi arte, no haber puesto fin a mi vida con el suicidio. — ¡Adiós, amaos! Doy las gracias a todos mis amigos, y en particular al *príncipe Lichnowski* y al *profesor Schmidt*. — Deseo que los instrumentos del príncipe L. puedan ser conservados en la casa de algunos de vosotros, pero que esto no provoque ninguna discusión. Si esos instrumentos os parecen útiles para algo mejor, vendedlos en seguida. ¡Cuán feliz seré si aun puedo servirlos desde la tumba!

Si fuera así — con alegría volaría hacia la muerte. — Si ésta llega antes de que yo haya tenido ocasión de desarrollar todas mis facultades artísticas, a pesar de mi duro destino, llegará demasiado temprano para mí, y desearía retardarla. — Pero aun así estoy contento. ¿No va a librarme, acaso, de un padecimiento infinito? — Ven, pues, cuando quieras: marchó valientemente hacia ti. — Adiós; no me olvidéis enteramente en la muerte: merezco que penséis en mí, porque a menudo he pensado en vosotros, durante mi vida, para haceros felices. ¡Sedlo!

Heiligenstadt, 6 de octubre de 1802.

Ludwig van Beethoven.

Heiligenstadt, 10 de octubre de 1802.

Así me despido de ti —, y en verdad con tristeza. — Sí, la querida esperanza — que traje aquí de ser curado, siquiera en parte, debe abandonarme enteramente. Como las hojas del otoño caen y se marchitan, — así se ha secado mi esperanza. Más o menos como vine —, así me voy. — Hasta el alto valor — que me sostenía en los hermosos días de verano —, se ha desvanecido. — ¡Oh, Providencia —, haz manifestarse para mí, siquiera una vez, un día puro de *alegría!* — ¡Hace ya tiempo que el eco profundo de la verdadera alegría me es extraño! — ¡Oh, cuándo —, cuándo, oh Divinidad, podré yo sentirla aún en el templo de la naturaleza

y de los hombres! — ¿Nunca? — ¡No! — ¡Oh, sería demasiado cruel! —

CARTA A LA « AMADA INMORTAL »

Mi angel, mi todo, mi yo... mi corazón estalla de lo mucho que tengo que decirte... ¡Ah, donde yo estoy, tú estás siempre conmigo!... Lloro sólo de pensar que probablemente antes del domingo no recibirás mis primeras noticias. — Yo te amo como tú me amas, pero mucho más intensamente... ¡Oh, Dios! — ¡Qué vida esta! ¡Sin ti! ¡Tan cerca, tan lejos! — Mis pensamientos se precipitan hacia ti, *mi amada inmortal*, a veces alegres, luego tristes, interrogando al destino, preguntándole si escuchará nuestros votos. — No puedo vivir si no es contigo, porque de otro modo no sé vivir... Nunca otra mujer será dueña de mi corazón. ¡Nunca! — ¡Nunca! — ¡Oh, Dios, ¿por qué es preciso que los que se aman deban alejarse? Y sin embargo, mi vida, tal como ella es al presente, es una vida de tristezas. Tu amor me ha hecho, a un mismo tiempo, el más feliz y el más desdichado de los hombres. ... Está tranquila... está tranquila... ¡ámame!... hoy... ayer qué ardiente aspiración, cuántas lágrimas han corrido hacia ti —, ¡hacia ti — hacia ti — mi vida — mi todo! — ¡Adiós! —, Continúa amándome —, no olvides jamás el corazón de tu amado L. — Eternamente tuyo, eternamente mía, eternamente el uno para el otro.

CARTA AL PASTOR AMENDA

Viena, 1.º de junio.

¡Mi querido, mi buen Amenda, mi amigo cordial! He recibido y leído tu última carta con una profunda emoción, con una mezcla de pena y de alegría. ¿A qué puedo comparar tu fidelidad, tu apego hacia mí? ¡Oh, es muy hermoso que tú hayas permanecido siempre tan afectuoso! Sí, he puesto a prueba tú devoción, y

bien sé la diferencia que existe entre ti y los demás. Tú no eres un amigo al modo vienés, no; tú eres de aquellos que sólo pueden encontrarse en el suelo de mi patria. ¡Cuán a menudo deseo tener-te junto a mí, pues tu Beethoven es profundamente desdichado, en lucha con la Naturaleza y el Creador. Te diré que la parte más noble de mí mismo, mi oído, se ha debilitado mucho. Ya en la época en que tú estabas a mi lado, sentía los síntomas del mal, y lo ocultaba; después ha ido empeorando. Es preciso esperar para saber si esto puede curarse; debe haber sido determinado por mi enfermedad del estómago. En cuanto a ésta estoy casi restablecido; pero, tocante al oído, ¿curaré? Naturalmente, así lo espero; pero es harto difícil, pues tales enfermedades son de las más rebeldes. Cuán tristemente debo vivir, evitando todo lo que me es más querido, y esto entre hombres tan miserables, tan egoístas como... Entre todos puedo decir que el amigo que más me ha ayudado ha sido Lichnowsky; desde el año pasado me ha dado 600 florines. Esto y la buena venta de mis obras me ponen en situación de poder vivir sin grandes cuidados. Todo lo que escribo actualmente puedo venderlo en seguida, hasta cinco veces, y recibir por ello buena paga. En estos últimos tiempos he escrito con alguna regularidad; y como sé que has pedido pianos a... desco enviarte algunas obras en el embalaje de los mismos, a fin de ahorrarte gastos.

Ahora, para mi consuelo, ha llegado aquí un hombre con quien puedo gozar del placer de la conversación y de la amistad desinteresada; es uno de mis amigos de la juventud. Le he hablado de tí con frecuencia, y le he dicho que, desde que abandoné mi patria, tú eres uno de los elegidos de mi corazón. El tampoco quiere a... Sigue siendo muy débil para la amistad. Yo los miro y... como los simples instrumentos — en que toco, cuando me place, pero que no pueden ser nunca testigos nobles de mi actividad, ni participar verdaderamente en mi vida —, les doy valor sólo en la medida de los servicios que me proporcionan.

¡Oh, cómo sería feliz si tuviera el uso completo de mi oído! Correría entonces hacia tí; pero debo permanecer alejado de todo;

mis años más hermosos transcurren sin que haya realizado todo lo que mi fuerza me mandara. — ¡Triste resignación ésta en la cual debo refugiarme! Sin duda que me he propuesto sobreponerme a todos estos males; pero, ¿cómo me será posible? Sí, Amenda, si en seis meses mi mal no está curado, exijo de tí que abandones todo y que vengas a mi lado; entonces viajaré (mi ejecución y mi composición sufren aún muy poco por mi enfermedad, pues es sólo en sociedad donde me es más sensible), y tú serás mi compañero, porque estoy convencido de que contigo no me faltará la felicidad. ¡Con quién no podría yo compararme entonces! Desde que tú partiste he escrito de todo, hasta óperas y música sagrada. — Sí, tú no te rehusarás; tú ayudarás a tu amigo a soportar su mal y sus penurias. — También he perfeccionado mi ejecución de pianista, y espero que este viaje podrá igualmente proporcionarte placer. Después, tú permanecerás para siempre junto a mí. — He recibido con puntualidad todas tus cartas, y por poco que te haya contestado, has estado siempre presente para mí, y mi corazón palpita por tí con la misma ternura. — Lo que te he dicho de mi oído, te ruego callarlo como un gran secreto, y no confiárselo a nadie, quienquiera que sea. Escíbeme con frecuencia. Tus cartas, hasta cuando son breves, me consuelan y me proporcionan mucho bien. Espero para muy pronto otra tuya, mi querido amigo. No te he enviado tu cuarteto, porque lo he rehecho del todo desde que he comenzado a saber escribir cuartetos en forma conveniente, como tú verás cuando lo recibas. Ahora, adiós mi querido y buen amigo. Si tú crees que yo pueda hacer por tí algo que te sea agradable, se entiende que debes decirlo a tu fiel L. v. Beethoven, que te quiere sinceramente.

CARTA AL DOCTOR FRANZ GERHARD WEGELER

Viena, 29 de junio de 1801.

Mi bueno y querido Wegeler: ¡Cuánto te agradezco tu recuerdo! Lo merezco tan poco, tan poco he hecho para merecerlo; pero sin

embargo, tú eres tan bueno, que no te dejas alejar por nada, ni siquiera por mi imperdonable negligencia; permaneces siempre siendo el fiel, el bueno, el leal amigo. — ¡Que yo pudiese olvidarte, olvidar a todos vosotros, que habéis sido para mí tan caros y tan bondadosos, no, eso no lo creo! Hay momentos en que suspiro por estar cerca de vosotros, para pasar algún tiempo. Mi patria, la hermosa región donde yo vi la luz del mundo, también se me representa siempre con toda claridad y nitidez, como cuando os abandoné. Será uno de los más felices instantes de mi vida aquel en que pueda volver a veros y saludar a nuestro padre el Rhin. — Cuándo será esto, no puedo decirlo con exactitud. Por lo menos diré que me encontraréis más grande: no hablo del artista, sino del hombre, que os parecerá mejor, más hecho; y si el bienestar no ha aumentado un poco en nuestra patria, mi arte debe consagrarse al mejoramiento de la suerte de los pobres...

¿Quieres saber algo acerca de mi situación? Bien, pues no va del todo mal. Desde el año pasado, Lichnowski — por increíble que te parezca, aun cuando yo lo digo —, quien ha sido siempre y sigue siendo mi amigo más entusiasta (bien es cierto que hubo pequeñas diferencias entre nosotros, pero ellas mismas han afirmado nuestra amistad), Lichnowski me ha concedido una pensión de seiscientos florines que yo debo recibir durante el tiempo en que carezca de una posición conveniente. Mis composiciones me producen mucho y puedo decir que se me pide más trabajo que el que puedo realizar. Para cada obra tengo seis, siete editores, y aun más si quiero buscarlos. Nadie discute conmigo: fijo un precio y se me paga; ya ves que esto es delicioso. Por ejemplo, si veo a un amigo necesitado y mi bolsillo no me permite ir en su ayuda, no tengo más que sentarme a mi mesa de trabajo, y en poco tiempo puedo sacarlo del apuro. — Soy también más económico que antes...

Por desgracia, un demonio celoso, mi mala salud, ha venido a entorpecer mi camino. Desde hace tres años, mi oído se ha hecho cada vez más débil. Debe haber provocado esto mi enfermedad del estómago, que sufría ya desde hace tiempo, como tú sabes, pero

que ha empeorado mucho, porque padezco continuamente de trastornos gástricos y sufro, en consecuencia de una extraordinaria debilidad. Frank quería tonificarme con reconstituyentes y curar mi oído por medio del aceite de almendras. Mas ¡*prosit!* esto no sirve para nada; mi oído sigue siempre cada vez peor y mi estómago en el mismo estado. Así estuve hasta el otoño último, en el cual a menudo llegué a la desesperación. Un médico torpe me aconsejó baños fríos; otro, más avisado, los baños tibios del Danubio, y el efecto fué, en verdad, maravilloso; mi estómago mejoró, pero mi oído sigue lo mismo, si es que no empeora.

Este invierno, mi situación fué verdaderamente deplorable, pues sufrí cólicos espantosos y una recaída total. Así estuve hasta el mes último en que fui a visitar a Vering, porque pensé que mi mal reclamaba un cirujano y, desde luego, he tenido siempre confianza en él. Logró cortar casi por completo esta molestita gástrica; me ordenó tomar baños tibios del Danubio, haciéndome poner en el agua multitud de licores fortificantes; no me administró ninguna medicina. a no ser, por espacio de unos cuatro días, unas píldoras para el estómago y una especie de té para los oídos. Ahora me encuentro mejor y más fuerte; sólo mis orejas zumban y rugen noche y día. Puedo decir que llevo una vida miserable. Desde hace casi dos años, evito toda compañía, porque no puedo decir a las gentes: «soy sordo». Si yo tuviera alguna otra profesión esto aun sería posible; pero en la mía es una situación espantosa. ¡Qué dirían mis enemigos, cuyo número no es corto!

Para darte una idea de mi extraña sordera, te diré que en el teatro debo colocarme muy cerca de la orquesta para oír a los actores. Si me coloco un poco lejos, no oigo los sonidos altos de los instrumentos ni las voces; y en la conversación es sorprendente que haya personas que no lo hayan advertido nunca. Como suelo sufrir tantas distracciones, a ellas atribuyen todo. Cuando se habla quedo, apenas entiendo; sí, entiendo bien los sonidos, mas no las palabras; y, por otra parte, cuando se grita, esto me resulta insoportable. Lo que haya de venir, sólo el cielo lo sabe. Vering dice que seguramente mejoraré, si no llego a curar del to-

do. — Con frecuencia he maldecido de mi existencia y del Creador. Plutarco me ha llevado a la resignación. Quiero, si esto fuese posible, desafiar al destino; pero hay momentos de mi vida en que soy la más miserable de todas las criaturas. — Te suplico no decir nada de mi estado a nadie, ni aun a Lorchen; te lo confío como un secreto. Me agradaría que tú escribieras a Vering acerca de este asunto; y si mi situación actual ha de durar, iré en la primavera próxima a visitarte; tú me albergarás en alguna casa de campo, en cualquier sitio ameno donde pueda hacerme campesino durante seis meses. Acaso eso me producirá mucho bien. ¡Resignación! ¡Triste refugio, y sin embargo es el único que me queda! Perdóname que te dé esta molestia de amistad, en medio de tus propias penurias.

Steffen Breuning está ahora aquí y pasamos casi todos los días juntos. ¡Me produce tanto bien evocar sentimientos de tiempos pasados! Se ha convertido, en verdad, en un joven excelente, bueno, que sabe algo y que tiene, como todos nosotros más o menos, el corazón bien puesto.

Quiero escribir también a la bondadosa Lorchen. Nunca he olvidado a uno solo de vosotros, tan queridos y buenos, aun cuando a veces no he dado ningún signo de vida; porque escribir, tú lo sabes, nunca ha sido mi fuerte; mis mejores amigos han estado años enteros sin recibir una carta mía. Sólo vivo en mis notas; apenas una obra queda terminada, cuando ya está comenzada otra. En la forma en que trabajo ahora, hago a menudo tres o cuatro cosas a un tiempo. — Escíbeme con más frecuencia, que yo trataré de disponer de tiempo para contestarte. Saluda a todos de mi parte...

¡Adios, bueno, fiel Wegeler! Está seguro de la afección y de la amistad de tu Beethoven.

CARTA A WEGELER

Viena, 16 de noviembre de 1801.

¡Mi buen Wegeler! Te doy las gracias por tu nueva prueba de solicitud, tanto más, cuanto la merezco muy poco. — Quieres saber

cómo estoy, y yo tengo necesidad de decírtelo ; por poco agradable que me sea ocuparme de este asunto, lo haré sin embargo de buena gana, ya que de ti se trata.

Vering me está poniendo desde hace meses vejigatorios en los dos brazos... El tratamiento me es extremadamente desagradable ; sin hablar de los dolores, me veo privado por completo del uso de mis brazos por uno o dos días. Debo convenir en que los zumbidos son un poco más débiles que antes, principalmente en la oreja izquierda, que fué en la que comenzó mi sordera ; pero mi oído, en verdad, no ha mejorado nada hasta el presente, y no me atrevo a decir si está peor aún. — Mi estómago va mejor, y cuando me baño durante algunos días en agua tibia, me encuentro bastante bien para ocho o diez días más. De cuando en cuando tomo algún fortificante para el estómago, y también he comenzado, siguiendo tu consejo, la aplicación de hierbas contra el vientre. — Vering no quiere oír hablar de duchas ; y por otra parte, no estoy muy contento con él, porque en verdad tiene pocos cuidados y atención para mi mal ; si yo no fuera a su casa — lo que me es muy difícil — no lo vería nunca. ¿Qué piensas tú de Schmidt? No cambio médico de buena gana ; pero me parece que Vering es demasiado practicón para renovar muchas de sus ideas por la lectura ; y Schmidt en esto me parece un hombre distinto, que acaso no será tan negligente. — Se dicen maravillas del galvanismo. ¿Qué piensas tú de ello? Un médico me ha contado que vió a un niño sordomudo recobrar el oído, y a un hombre, que hacía siete años estaba sordo, también curado. — Precisamente acabo de saber que Schmidt está bien experimentado acerca de esto.

De nuevo vivo en forma algo más agradable ; frecuento el trato de los demás. Apenas podrías creer qué vida de soledad y de tristeza he llevado desde hace dos años ; mi enfermedad se levantaba por todas partes delante de mí, como un espectro. Huía de los demás. Debía, pues, parecer un misántropo, cuando lo soy tan poco — Este cambio, una amada, una encantadora muchacha lo ha realizado ; me ama y yo la amo : he aquí de nuevo algunos momentos felices, después de dos años ; y es la primera vez que

pienso que el matrimonio puede dar la felicidad. Desgraciadamente ella no es de mi condición; y ahora, a decir verdad, no podría casarme, porque es necesario que trabaje valerosamente aún. Si no fuera por mi oído habría desde hace largo tiempo recorrido la mitad del mundo, y esto debo hacerlo.

No hay mejor placer para mí que ejercer mi arte y mostrarlo. — No creo que fuera feliz en vuestra casa. ¡Quién podría darme la felicidad! Vuestros mismos cuidados me pesarian y a cada instante leería yo la compasión en vuestros rostros, para juzgarme más miserable todavía. — ¿Qué me atraía hacia esos bellos lugares de mi patria? ¡Nada más que la esperanza de alcanzar una situación mejor, y que yo llegara a no tener este mal! ¡Oh, si estuviera libre de este mal tendría el mundo entero entre mis brazos! Mi juventud, sí, lo siento, apenas está comenzando, porque hasta ahora no he hecho más que padecer. Mi fuerza física crece más que nunca desde algún tiempo, junto con mi vigor intelectual. Cada día me acerco más al fin que entreveo sin poder definir. Pero sólo con estos pensamientos puede vivir tu Beethoven. Nada de reposo. Yo no conozco otro descanso que el sueño, y ahora soy tan desventurado que tengo que concederle más tiempo que antes. Que esté sólo a medias libre de este mal, y entonces, como un hombre más dueño de sí mismo, más maduro, iré hacia vosotros y estrecharemos fuertemente vuestros viejos lazos de amistad.

Debéis verme tan feliz como me sea permitido serlo sobre la tierra; pero no desventurado. ¡No, esto no lo podría soportar! Quiero retorcerle el cuello al destino, que no me doblegará indudablemente por completo. ¡Oh, es tan bello vivir la vida mil veces! — Para una vida tranquila, lo siento, no nació.

.

Beethoven.

Beethoven ⁽¹⁾

Hace un siglo que en las playas de la paz reposa el héroe solitario, que, con el encanto de su arte divino, abriera al mundo una nueva era de vida sentimental; reposa, pero parece que la muerte no lo hubiese alcanzado, tan poderosamente vivo se manifiesta aún, tan exuberante de fuerzas, de consuelo y de elevación en todas las partes donde las muchedumbres escuchan sus obras; guía seguro, de inagotable consejo, para los artistas de cualquier escuela, tendencia e inspiración.

Humildes y temblorosos nos acercamos a él, como espantados de la grandeza del genio que cifra en sí todo un universo. ¿Cómo ascender a sus sagradas esferas, semejantes a las sagradas esferas dantescas? Su solo nombre nos intimida; al pronunciarlo parecemos que un estremecimiento mágico descubre un mundo arcano, que desborda los límites de nuestra pobre imaginación.

(1) Los fragmentos que siguen son extracto del notabilísimo estudio, escrito especialmente por el profesor Farinelli para ser leído en Viena, en ocasión de los solemnes festejos del centenario de Beethoven. Dicho estudio va a ser traducido en diversos idiomas, y lo que de él se ofrece a los lectores de *Verbum* tiene carácter de primicia. Con la autorización amable del autor, intentamos la versión de algunos pasajes, entresacados casi al azar. Y aunque esos pasajes — prueba irrecusable de la total excelencia del ensayo — poseen por sí solos significación propia e independiente, los extensos cortes que muy a pesar nuestro nos vemos forzados a introducir en el texto, conspiran, como se comprenderá, contra la unidad de este hermoso trabajo. El Instituto argentino de cultura itálica ha adquirido los derechos para su próxima e íntegra publicación. A la deferencia del señor Nicolás Besio Moreno, a quien complacidos expresamos aquí nuestras gracias, debemos el haber podido utilizar el manuscrito. — A. J. B.

Con él comenzó una nueva historia del corazón, una nueva historia de sus eternas vicisitudes y de sus expansiones insuprimibles.

.

Al oído de las muchedumbres, de los « millones », llegó la divina embriaguez de los acordes y de las melodías de aquel hombre que en el vigor primero recibió el insulto atroz de la naturaleza, la sordera irremediable, y que desde la soledad de su alma, en la que se precipitaba por decreto del cielo, inflexible en medio de su inmensa desgracia, esparce bajo el cielo y sobre la tierra, la suavidad y dulzura de su canto interior.

.

El mundo que intuye, siente y refleja, es siempre muy complejo. Aun dentro del idilio murmuran mil voces contenidas. Pero el fluir de su creación es natural, simple, diríamos cándido, ingenuo, de fuerza y vigor elementales, a causa de su estrecha adherencia con el alma del compositor. El sonido es sencillo y escueto; nunca un adorno, nunca una línea melódica que decore o describa. El artista más rico es invariablemente el más sobrio, el que sabe recogerse en el culto religioso de su arte.

.

Todo el universo sinfónico está en esta alma, palpitante de vida, que anhela liberarse de tribulaciones y penas. Componer no será sino arrancarse pedazos de sí mismo, fantasear y marchar siempre adelante hacia la imaginada redención. En él, la necesidad de idealizar y espiritualizar era imperiosa, insuprimible. ¿Sobre el camino abierto, con el anhelo de las cimas excelsas, quién, pues, podrá detenerlo? Las monarquías terrenas no valen el reino espiritual que él ha elegido. Comprendemos fácilmente que lo vulgar desapareciese cuando él lo tocaba; comprendemos que lo ennobleciese todo, hasta el ínfimo y tosco cantar del pueblo, hasta la danza más rústica; que de un motivo risueño se elevase de un salto, y como en vuelo, a un tema de solemne gravedad y compunción; que un fútil motivo rítmico bastase para sugerirle una obra monumental, la más bella palabra del mundo, como decía Schumann.

Era una fuerza melódica, a un tiempo mismo energía moral y volitiva, capaz de crear un mundo sacándolo de la nada.

Para comprenderlo es preciso buscarlo en esta su apartada y santa región del arte. La realidad es bien dura... ¡Qué enorme distancia entre el azul que sonríe en lo alto y las sombras que fluyen sobre la faz de la tierra! ¡Qué séquito de miserias y de angustias! ¡La vida inestable de casa en casa, la mezquindad de las ganancias, las cuentas que se alinean sobre el papel donde había espacio para las notas celestes, el demonio que le roe y destruye el oído, ninguna caricia de mujer o niño, la inmensa necesidad de amar, una ternura absorbente, consumidas en la soledad que él mismo debió decretarse! Lo aclaman, no oye; permanece como una isla cerrada en medio de los conciertos; perdido en un mundo extraño, dirige como alejándose más y más de la orquesta que pende de su batuta.

Pero este mundo del que se aleja bajo el peso de su cruz y de sus penas, aún lo seduce y encanta; la vida le es aún placentera. ¡Oh, es tan bella la vida — exclama —. Pero se la han envenenado, le han hecho apurar todas las amarguras. La soledad le es, pues, impuesta, necesaria. Y huye de los hombres, a los que tanto ama, a los que beneficia con el paraíso de su arte, y a los que con el sollozo musical del renunciamiento señala el camino solitario que conduce allá arriba donde se encienden las estrellas. Se rodea de aire puro; y marcha, extático y absorto, cantando en la intimidad del corazón esos adagios, cuya voz, realmente celeste, huye hacia el éter que tácito y solemne envuelve a nuestra pobre tierra.

En él la fuerza de resurgir, con un rápido sacudimiento de alas, después de los abatimientos más profundos, fué siempre inexhausta. Ante la sonrisa de lo alto, las tinieblas y los afanes del corazón se dispersaban; el pensamiento dominante tendía a aplacarse, no ya a desencadenar tempestades. Era inevitable que las amarguras y los dolores se precipitasen tumultuosamente en aquel corazón de titán, a quien el destino hería y sometía a tan durisimas pruebas.

Pero la vida entera del artista se empeña en combatirlos y superarlos. Y su obra entera debía expresar esta lucha, el infierno y el paraíso que alternaban en su alma, el eterno choque que engendra la oposición de los dos principios adversos, para hacer de ese contraste, no extravagancia romántica, sino verdad, naturaleza. Si las inquietudes se precipitaban tumultuosamente era para alcanzar la paz, la última paz; por eso, en Beethoven debía parecer espontánea hasta la expresión de la misma violencia, y espontáneo también el quebrantarse pasajero, para recomponerse en la armonía final.

En su austera frente no golpea la obscura divinidad de la Nada leopardiana; el batallar encontrará término en el plácido reposar en Dios; desde los abismos podremos alcanzar las alturas.

A veces, en esta alma angustiada, el torbellino del dolor crecía frenéticamente y el sentimiento mostrábase siempre desbordante antes de alcanzar el dique de soberana armonía. Pero la tregua al dolor era infaltable y la voz jubilosa debía levantarse. Del sol de la más divina y pura de las artes había de descender el rayo vivificador. Beethoven es el héroe solitario que nos lleva a sumergirnos en el dolor como en un baño sacro; que nos exhorta a ennoblecernos, padeciendo; a robustecernos, templándonos en el sufrimiento: Del dolor a la alegría y al regocijo; de la turbación y del trastorno espirituales a la paz y a la serenidad sin contrastes. Y esa superación del dolor, eternamente renovada con infinitas variantes expresivas, es como el acorde temático fundamental que da vida dramática a toda la obra beethoveniana.

Sólo a precio de dolor y de lágrimas nos elevaremos... Escuchad en la última sinfonía, en el fortísimo del *finale*, entre la exultación triunfante de la alegría, el memento solemne de la tristeza, de la tristeza surgida con la primera luz del hombre, de la tristeza que se aleja bendiciendo.

Reconozcámosle, en el martirio de la soledad padecida, una fuente de placer verdadero, de felicidad incontrastable, gozada en

los lugares campestres, a los que visitaba de año en año. ¿Hubo alguna vez un poeta, un músico enamorado de la naturaleza a cielo abierto como lo fué Beethoven? ¿Y no reside en ese desmesurado amor, la fascinación de este arte que nunca se consume y que reverdece eternamente como reverdece la naturaleza? ¿Imagináis templo más solemne, más dispuesto para recoger en sus religiosos, altísimos silencios, las voces elevadas a Dios, que el templo erigido por el músico solitario en los campos, en los bosques, en los suaves declives en que iban a morir los rumores mundanales de la Babilonia vienesa, circundada, como por gracia divina, de esa verdura? Su « Heiligenstein », su « Helenenthal », eran los asilos de paz que elegía en los meses estivales; allí suspiraba recordando la época en que abandonara a la Bonn natal, a las plácidas y bellas orillas de su « padre el Rhin », siempre fijo en su memoria; allí encontraba refugio donde ensanchar su alma, para librarse de toda pena y para sentirse serenado. Solo con las armonías que fluían, que cantaba en él; solo con sus paraísos y sus infiernos; solo con el vuelo de sus pensamientos y de sus fantasmas; solo para contemplar y para extasiarse, ascendiendo siempre la invisible escala que va de la tierra al cielo. En la intimidad de la naturaleza debía rehacerse niño, encontrar su propia infinitud, y en la fuerza virginal y primitiva de esa misma naturaleza debía reconocer su propio ideal de arte puro, immaculado, candoroso como la nieve fresca que alborea en las alturas.

Aquella corona de verdes colinas; aquella suave línea de montes, que blandamente se prolongaba hasta la espesura boscosa; aquellos campos florecidos de paz; el intenso azul del cielo después del estruendo de los temporales; el temblor de los bosques ondulando al viento y despertando melodías arcanas en el alma conmovida; aquellas hayas, aquellos pinos eran fantasmas que vivían allí, distintos, junto a él, que podían tocarse como cosas familiares y fraternas, y que a veces inclinaban sus copas y sus ramas, susurrando, mientras en la intimidad del contemplante susurraban sus propios pensamientos disueltos en sonidos.

.

Saltaban jugueteando los pajarillos; apenas los oía, pero componían con él los arabescos más ingenuos de su *Pastoral*.

Notad en el hombre heroico esta pasión ilimitada por el mundo idílico...

.....

Un pedazo de cielo azul, un prado, una colina, algunos arboles que se adunan silenciosamente, un pequeño e íntimo mundo bastaba para que su alma se enterneciese, se llenase de admiración y diese rienda suelta a su vago y fuerte fantasear. ¿De una insignificancia, que era como el primer acento melódico, no hacía, acaso, la obra más compleja, profunda y acabada? Sentábase allá durante horas, como se sentaba Leópardí sobre su colina yerma; y se reavivaban las imágenes, que ondulaban frente a él, no ya como especies terrenas sino como reberveración del cielo. Y al cielo levantaba la mirada, y sentía entonces el temblor de lo divino: « Omnipotente, en el bosque soy feliz, en el bosque cada planta habla en tu nombre. »

.....

Volvió a cantar, rehecha en su propia alma, la *Schöpfung* de Haydn. Pero en su *Pastoral* los tonos descriptivos están desterrados; lo que en ella se reproduce es el sentimiento infuso de esas criaturas de la naturaleza que viven su existencia ingenua y pura, es el idilio campestre, la escena rústica vivida en el corazón. La elocuencia de aquellos silencios, la frescura de aquel respirar ágil y puro, aquella serenidad, aquella paz ¿quién podía comprenderla mejor que él, que, arrebatado al torbellino de la ciudad tumultuosa, llevaba en sí el temblor de tantas tempestades? En el adagio pastoral está toda la dulzura, toda la divina suavidad que anidaban en el corazón del brusco grande hombre. El gigante va hacia los humildes y hacia los innominados; los abraza amorosa, apasionadamente; torna a cantar sus cantos; marca el ritmo de sus danzas. La más sencilla de las voces descendida de Dios, vuelve a Dios directamente.

El tema pastoral más íntimo, más expresivo, más intenso nunca se agota en él. ¡Cuántas veces lo tornáis a oír, envuelto en otras purísimas ondas melódicas, en los adagios de los cuartetos y de

las sonatas, en los conciertos, en los tríos, en las cantatas, en el mismo « Egmont » y endulzando los poderosos acordes de las últimas sinfonías! En la raíz de su mundo sinfónico está el mundo pastoral: el idilio campestre se arremansa sonriente en el alma heroica y aplaca la violencia de toda rebelión.

Y es también el ritmo de la *Pastoral* el que palpita en la invocación a la paz — *Donna nobis pacem* — en el *Benedictus*, de la gran misa, la paz campestre, no otra indudablemente, la suspirada quietud « interior y exterior ».

La mujer, radiante de belleza le sonríe en un rápido florecimiento de esperanzas; pero presto pasa, y se desvanece disuelta como un fantasma. Bastaba un rayo fugaz de lo divino, para que el corazón del músico se ensanchase y el ardor de su vida apareciese centuplicado. Una compañera, un alma que pueda como envolver la suya y dirigirla en la ascensión al reino de los espíritus, y entonces todo parece luz. En los instantes felices, la creación le surge como de manantial, avasalladora; sus figuras se encienden en tonos marciales, en tonos de conquista. Pero las luces pronto se amortiguan y las « amadas inmortales » pasan también ellas bajo el peso de los afectos humanos y perecederos. Se impone así el renunciamiento trágico, el *entbehren, sollst entbehren*. Y el grito de dolor deberá sofocarse.

Ninguna desilusión — y tuvo tantas y tan crueles — podía abatir a este infeliz, tan supremamente feliz en su efusión espiritual...

La inflexibilidad y la gallardía del carácter deben comunicarse hasta a los instrumentos que están bajo su autoridad; el piano vibrará con potencialidad máxima, apenas obtenible; la orquesta exigirá una sonoridad aguzada, multiplicada. ¡Cuánta confianza y firmeza! ¡Cuánto entusiasmo! Se imagina luchar con el destino, que tan cruelmente lo golpea y tan cruelmente se ensaña con él; espera tomarlo por la garganta, domarlo, vencerlo. ¡He aquí a Beethoven superando ya la energía volitiva de Nietzsche!

La gravedad debía crecer con los años, en la ascensión solitaria hacia las cumbres altísimas en que resplandece Dios. Vigorizaba la grave polifonía, complicándola en combinaciones audaces. El concierto es siempre más majestuoso, siempre más poderosa la síntesis en la armonía de los contrastes, siempre más decidido y siempre más directo el vuelo del alma hacia la suspirada serenidad del cielo. En los coros solemnes, el énfasis de Schiller se convierte en verdadera poesía beethoveniana. Al sonar los últimos adagios, cuando ya la muerte se anuncia, el renunciamiento es completo, integra la resignación. Parece que llegan hasta vosotros acentos que ya no son terrenos, voces, mensajes misteriosos de mundos desconocidos. La eternidad tiembla en ellos. El héroe se ha colocado junto a su Dios, y, mirando cómo huye de sí la tierra de tribulaciones y trabajos, se recoge plácidamente en la última paz.

Y nosotros, a nuestra vez, nos recogemos devotamente ante el ara que él construyó, y sobre la cual, sacerdote de su arte, celebró su culto, cantando las melodías más profundas y desgarradoras que jamás hayan llegado a los sentidos y al alma de la humanidad entristecida. Su arte quebrantó realmente las barreras levantadas entre los pueblos, fraternizó a los « millones » y dió a todo un universo el beso de paz.

Las generaciones pasan, los siglos se consumen y el arte beethoveniano que restaura, eleva e inunda de dulzura melódica, aparece inextinguible, vigoroso, fresco como en su manifestación primera. De él, de aquel espíritu único, descienden como ríos los temas y armonías que todos en todas las tierras retomarán y fertilizarán de nuevo. ¿Imagináis a Wagner sin la inspiración poderosa de Beethoven? ¿Y aún los modernísimos, desde el extremo oriente al occidente más remoto, no derivan de él, que tiene una voz y un canto para cada temblor del alma, y que repudia el estruendo y los caprichos de los virtuosos que se extenuan inútilmente en bordar infecundos complejos musicales? Schumann, por no haber podido apoyar su cabeza ardiente sobre la mano de aquel hombre sumo, llevaba siempre tras sí una estela de dolor y, sollozando, bendecía

su memoria. Y cuando a nuestra vez nos hayamos reintegrado a la tierra, otros hombres, infinitos, lo bendirán; y no solamente porque a precio de dolor y de lágrimas esparció el tesoro de sus melodías inefables, sino también porque ennoblecíó y levantó la vida: porque fué un grande, un poderoso educador de la humanidad, siempre pronto para vigorizar el sentimiento, aunque enterneciéndolo y suavizándolo; porque levanta nuestras frentes abatidas por la rudeza del destino, y porque nos recuerda cómo en nuestra pobre substancia terrena, gracias a la sonrisa del arte, fluye lo divino.

ARTURO FARINELLI.



Beethoven

Es raro que un año reuna los centenarios de tres hombres de la talla de Beethoven, Newton y Volta.

Esta vez no es nuestra manía conmemorativa lo que hace su grandeza; no son trozos de madera que ponemos sobre el altar, a falta de verdaderos fetiches, para engañar la necesidad que experimentamos de postrarnos y adorar.

Pero esto que justifica la presencia de ustedes, pone al que debe hablar en grande aprieto.

Las conmemoraciones son tanto más inútiles cuanto más merecidas. Esta es la ley de los centenarios, de las estatuas, de los monumentos y de toda demostración honorífica.

Pónganse ustedes en mi lugar, y díganme ¿qué harían?

¿Alabar? ¿Acaso una gotita de alabanza trabajosamente destilada añadiría algo a la gloria de estos hombres?

¿Hablar de ellos, de su vida? Precisamente eso es lo que en estos personajes no tiene importancia.

Tal vez un psiquiatra notará complacido que el padre de Beethoven era un borracho, y que en sus últimos años el mismo Beethoven, en compañía de su amigo Holtz, pasaba parte del día y de la noche en establecimientos de bebida empinando el codo. El tal psiquiatra puede estar seguro de que los borrachos, al oírlo, exclamarían: ¡*Qué genio!*

Pero aquí estamos por la ley seca.

Con todo, ustedes son jóvenes jugosos, como dice San Juan Crisóstomo; y no dudo que los yo llevaría a emitir el mismo juicio hablando de los amoríos de Beethoven.

El caso es que los amores de Beethoven, a pesar de las cartas póstumas con que se ha pretendido acreditarlos, no son sino un deseo benévolo de sus biógrafos; deseo que patentiza el acierto de los críticos que no ven otra cosa en sus sinfonías. « ¡Allí, en aquellos bemoles, está la pasión desgarradora! ¡Lo qué amaba ese hombre! ¡*Qué genio!*

¡Así, ni más ni menos, anda la gloria en este mundo!

Beethoven era un solterón: es por este lado que yo lo comprendo y digo a mi vez: ¡*Qué genio!*

Dejó once mil páginas de apuntes íntimos, tantas como las vírgenes de Colonia muertas por Atila.

Allí se le ve cambiar de casa a cada estación y de criada a cada mes; despide a una por sisadora, a otra por respondona; y con frecuencia es la misma criada la que no lo puede aguantar de puro regañón.

Allí está anotado el precio de las hortalizas y de la carne; los títulos de los libros de cocina que consulta.

Todo esto lo comprendo. Lo que se escapa a mi penetración, es cómo se concilia la estrechez y la miseria de que se queja, el quedarse encerrado en casa por no tener más que un par de botines rotos, la exclamación triunfal « tengo dos pares de zapatos », con los 25.000 florines que aparecen en el testamento.

Tiene un sobrino, Carlitos, y no titubea en acudir a los tribunales para substraerlo a la tutela de su madre, mujer frívola y casquivana. Es una enfermedad que llaman « afán de salvación », y que veo descrita en más de una novela.

Alma recta, espíritu profundamente religioso, siéntese arrastrado por una ternura angustiosa hacia un niño, y quiere a toda costa protegerlo, salvarlo, tenerlo alejado de toda mancha.

¡Cuánta ingenuidad! Su cariño sin límites no le permite negar nada al muchacho, que se cría perezoso, testarudo, y que se transforma en un matón lleno de vicios.

He aquí la tragedia de Beethoven, tan triste como la de su sordera. ¡Cuánto debe haber padecido cuando al oír que su sobrino ha intentado suicidarse sale corriendo de casa y llega anhelante a la cama del hospital, y el sobrino le mira y vuelve la cabeza a otra parte!

Sus sonatas para piano, sus lieder, sus dúos, sus tríos, sus cuartetos, quintetos, sextetos, septiminos, octetos, sus variaciones, fantasías, oberturas, cantos, melodías, coros, fugas, elegías, bagatelas, sin contar sus misas, sus sinfonías, oratorios, etc., habían llenado toda Europa de su nombre.

Con todo no se crea que le faltaran críticos: Weber habla ligeramente de las sinfonías de Beethoven, que en periódicos musicales alemanes muy acreditados se definían: *Mosaicos de acordes extravagantes y sin sentido común.*

Algunos críticos, más benévolos, le aconsejaban que se limitase a las variaciones para piano, las solas cosas que componía bastante bien.

Pero esos juicios sólo sirven para juzgar a sus autores. Ya no se hablará, pues, sino de Beethoven, cuando en Viena, donde reinaba absoluto, apareció Rossini.

En esas biografías que se publicaron bajo la dirección de Saint-Saëns, entre otras inexactitudes intencionales, se dice que la ópera italiana fué introducida entonces en Viena. ¡Cómo si desde hacía más de un siglo no existiese en la Corte imperial un poeta italiano encargado de componer libretos de óperas para compositores casi siempre italianos!

No hay memoria en la historia del arte de un éxito tan clamoroso y espontáneo como el del joven maestro italiano.

Beethoven se vió de repente abandonado hasta por sus más íntimos discípulos. La narración de este episodio aparece villanamente alterada por algunos críticos, y la misma Viena acusada de carencia de gusto, como si al gusto de los vieneses no debiese Beethoven su fama.

Dice el biógrafo: « Rossini, el gracioso ruiseñor, venció a Beethoven, cual si éste fuera un sapo impotente para traducir con magistosa hermosura sus líricos sollozos. »

¿Pero es que el mérito y el éxito de un maestro constituyen, acaso, un atentado contra la reputación de otros?

¡Parece mentira que hayan pasado más de cien años, y que aún no se le haya perdonado a Rossini su triunfo!

Para tales críticos, el haber gustado, entusiasmado, arrastrado al frenesí y al delirio a un público educado en la audición de un Beethoven, no es una prueba del ingenio de Rossini, sino un testimonio de su audacia, de su irreverencia y villanía. Un testimonio también de la ignorancia del público.

Rossini veía en Beethoven un maestro, *un manjar del que, por lo suculento y substancioso, no debe abusarse*. Beethoven, sin embargo, aun reconociendo el ingenio de Rossini, consideró aquel triunfo como una injusticia. De modo que para ser justo, Rossini habría debido fracasar. Así razona el fetichismo.

Mas no quiero insistir. Estas charlas sobre la vida del grande hombre no tienen más objeto que demostrar cuanta razón tenían los griegos del buen tiempo al dejar hasta sin nombre al autor de las obras que copiaban.

¿No nos enseña la naturaleza a taparnos y vestirnos para disimular nuestra animalidad? Pues un sentimiento parecido debería mover a los críticos cuando tratan de un artista : dejar en la sombra al hombre para ocuparse sólo de la obra.

Con decir que Beethoven nació de familia pobre, de un padre borracho y de una madre tísica, que vivió soltero y no se ocupó sino de su arte, ya está dicho todo. ¿Qué soltero no es histérico, regañón, nervioso, desaseado, etc.? ¿Qué enamorado del arte no es crédulo, ingenuo? Así se explica que para divertirse, sus amigos acostumbrasen hacerle creer cualquier cosa ; hasta la patraña de que se había inventado una lámpara para ciegos, noticia que el bueno de Beethoven difundió por toda Viena.

Todo cambia cuando se habla de su arte. Pero de lo que se ha dicho de ella en miles de volúmenes, poco me preocupó. No admiro sobre ajena palabra : de los placeres que me ha proporcionado, de estos sí estoy agradecido.

Divina facultad la inteligencia, cuando está bien vacía, cuando

no la oxidan ideas fijas y prejuicios, cuando se abandona enteramente al objeto, sin vanidad, es decir, cuando se abandona sin preocuparse si su admiración a ese objeto le hará tenerlo en más o en menos de lo que desea.

¿Por qué yendo a escuchar a Beethoven he de pensar en Rossini o en Bach?

Con desprecio habla Isócrates de los que creen tener la medida de todo en el bolsillo, y pretenden más o quieren menos. Turba vil.

Cada uno de estos maestros se nos presenta con las flores de su ingenio: ofrecen lo que pueden, y si es una violeta, ¿por qué hemos de pretender que sea una rosa? Esta es la disposición que cada maestro tiene derecho de exigir; y ¡cuidado! pues si el maestro quiere antes explicarse, si pretende prevenir el juicio y salir con teorías, mándese a mudar. Reformar en arte, quiere decir rebajarlo al propio nivel. El hombre honrado siempre paga en moneda corriente.

Por muchos años, durante las vacaciones, he tenido cerca de mi casa un estudiante de música. Era de mi país, se llamaba Pedrín, como el héroe de Anatole France. Su apellido era Bognetti. A los 25 años conquistaba la plaza de organista del Duomo de Milán y la fama de ser el primer organista de Italia después de Petrali.

Su padre, como el de Beethoven, quería hacer de él un niño prodigio, y lo consiguió, pues a los 8 años Pedrín daba su primer concierto. Después, durante el año escolástico, Pedrín iba a Vigerano a estudiar con Cagnoni. El pobre estaba como atado al piano por la inflexible severidad del padre, y tocaba todo el santo día y parte de la noche. He aquí cómo he podido hartarme gratis de sonatas y variaciones de Beethoven, cuyo nombre entonces no me decía nada.

Así se formó en mí una impresión de la música de este maestro, al que no llamaré ni grande ni pequeño, porque harta noción tengo de mi incompetencia. En cambio puedo honestamente intentar describir mi impresión personal.

Poco es decir que aquellas horas que pasé sentado frente a la ventana abierta de par en par, en una penumbra verde por los reflejos de una higuera, son las más hermosas que he gustado en mi vida.

Aquellas variaciones me parecían una cascada de gotas, tan puras cual diamantes, que, como centellas blancas, se estremecían sobre un fondo azul. A veces parecían surgir una de otras, formando cadenas y racimos, a veces se dispersaban como por un soplo.

Pero no es esta la impresión : para fijarla por escrito, habría que describir todas las limpideces, todas las transparencias, y aun le faltaría el alma y la gracia, porque aquello era una alegría riente y centellante como la que brilla en unas pupilas húmedas de emoción.

Era, en fin, la alegría de lo inmaterial, de lo cristalino, el estremecimiento de las gotas de rocío en la claridad del alba, el parpadeo de las estrellas en un cielo terso purificado por la tormenta, el placer sin sombra de sensualidad.

¿Dónde están, pues, los rugidos del león, los bramidos del elefante y la república platónica que otros descubren? ¿Y las pasiones contrariadas, y el amor de Betina? Tal vez en composiciones que yo no he oído.

Para mí esa música es una impresión de belleza tan pura como el pensamiento de un ángel ; es una impresión de un goce inefable ; y a pesar de lo que digan los apuntes críticos, en mi opinión nadie como Beethoven pasó su vida sumido y concentrado en un deleite más intenso que el suyo. Y a quien me pidiera una prueba, le recordaría, precisamente, el lema del mismo Beethoven : *Ars severa gaudium magnum*.

Nada de aquella desolación, nada de las angustias de la sensibilidad cansada ; para mí esa música es reposo y no fatiga, frescura, agilidad, serenidad.

— ¡Inquietante! — dicen algunos. Entiendo muy bien lo que quiere decirse.

Inquietante es para mí Chopin, a juzgar por lo poco que de él he oído, la impresión que me produce no puedo soportarla ; me

parece estar sobre el borde de un abismo, y oír gritos de un mundo del cual estoy excluido.

Se me dirá ahora que después de haber condenado orgullosamente a los críticos que pretenden hallar en Beethoven lo que en realidad no hay, hago a mi vez lo mismo.

Por cierto que yo no he pretendido que en Beethoven haya diamantes, rubíes y otras gemas de vívidos reflejos, cual miradas de personas despiertas, o embotadas y dormidas como las perlas. En Beethoven no hay más que notas; pero he procurado expresar una impresión, y una impresión no se puede expresar con palabras. Para que esa impresión se despierte en otros, no hay más recurso que el de indicar fenómenos y representaciones familiares a todos, y que susciten en el espíritu algo semejante.

Por ejemplo, la sexta sinfonía, si no me equivoco en el número, me produce una impresión de calma y de reposo; visiones de paisajes verdes, de bosques aun húmedos en la frescura de la mañana, con un ruiseñor bajo cada hoja.

Mas en todas las impresiones de la música de Beethoven hay una constante y sobresaliente, y que no es posible expresar sino con todas las palabras que significan pureza, belleza inmaterial, transparencia. Una impresión dominante que no puede indicarse con todas las estrellas, pero sí con una sola, Sirio, en una noche sin luna, cuando brilla en el cenit, en un cielo despejado por un viento frío. Aquel centelleo de luz viva, no ofuscado por vapores, me produce una impresión parecida. Muy diverso es el efecto de Venus, grande, clara, pero inmóvil. Y a la idea de pureza hay que asociar la de vida, ese incesante y variado parpadeo como de alegría que brilla en una pupila.

En esto que digo hay algo de lo que quisiera dar a entender.

Si se tratara de música vocal, del canto del sauce de Otelo, sería otra cosa; allí existe una situación bien definida, está Desdémona, en cuya alma ingenua y amorosa se anuncia la catástrofe con un presentimiento y con una tristeza indefinibles. Existen las palabras, las imágenes y los pensamientos que suelen presentarse al espíritu en tales casos; y baste decir que este estado sentimental

palpita en la melodía de Rossini, pero en la música instrumental sólo existen notas, ritmos, temas, motivos, y no hay más que el sonido.

Sin la palabra, la emoción musical no pasa de genérica : música alegre, música triste, etc. Mas, sin embargo, aquella emoción está perfectamente determinada para el músico cuando le mueve la pasión. Esta le sugiere ritmos inquietantes, acordes, melodías a veces tenebrosas y subterráneas, a veces irónicas o enternecedoras. Así, por ejemplo, no se necesita saber nada del drama, para sentirse enteramente sobrecogido de afanosa tristeza al oír la música de la escena de la muerte de Eloisa de Mercadante.

¿Pero por qué no ha de haber un pintor enamorado de las formas por sí mismas y hasta de los colores?

Allí tenemos a Miguel Angel en el *Juicio* de la Sixtina; en ese cuadro hay un tema : al trazar aquellos desnudos, lanzados sobre la pared en todas las posiciones posibles, el pintor sólo se ha sentido guiado por su amor a la forma humana. Ni siquiera se le ocurrió pensar en qué lugar pintaba, ni calcular que podrían parecer inconvenientes aquellas robustas desnudeces. A sus ojos, el hecho de no ver más que la forma; limpiaba de toda impureza a tales desnudos, a los que si hoy no vemos cual los viera Miguel Angel, es porque han sido cubiertos a causa de las protestas ¿de quién?... ¡del Aretino!

Así en Beethoven.

El está enamorado no de formas plásticas sino de formas aéreas, de los sonidos y de sus combinaciones. Dado que tenga una pasión — lo que no es del todo imposible — ésta no llega hasta el punto de apurar su amor a las formas; las combinaciones atrevidas no corresponden a un desgarramiento de su corazón : son como esas violentas posiciones de los condenados de Miguel Angel que llueven hacia el bote de Caronte.

Y bien, este amor de las formas, es el amor de la belleza pura, inmaterial.

Así es que sus sonidos parece que no se oyeran con los oídos; y por cierto que si la naturaleza le hirió con la sordera, no le quitó

nada del placer de la concepción, que casi no parece depender de los sentidos.

He aquí por qué esas trágicas impresiones que se ven indicadas por los críticos con términos tan extraños (rugidos, cataratas del Niágara, estallido colosal, gigantesco) no me parecen sinceras; las dictó el deseo de hallar expresiones hiperbólicas, que tal vez convengan a la grandeza que tiene para nosotros Beethoven, pero que no convienen a su música.

Y digo esto para mí, sin pretender censurar a nadie. Otras opiniones, en cambio, me hacen reír por sí mismas, como las que sostienen que la música de Beethoven es *expresión de la raza, expresión del alma de la raza*. Y otras son aún más falsas e infundadas, al punto de que hasta el mismo Beethoven se mofaba ya de ellas: son las de los que pretenden determinar no sólo la impresión de esa música, sino también las ideas que, según ellos, contiene.

Las «calabazas», de las que al decir de los biógrafos tenía una colección, no producían en él ningún efecto, puesto que cuanto llegaba el momento de concretar — sus cartas lo demuestran — siempre solicitaba nuevos plazos.

No hay pruebas de que pidiera formalmente la mano de mujer alguna, y si no llegó a casarse es porque comprendió que iba a perder su tiempo.

Fuera de esto, que no es poco, la cosa raya en el colmo de lo ridículo cuando se quiere explicar la novena sinfonía con la *República* de Platón. Mas, sin embargo, es así como algunos lo comprendieron, pues llegaron al punto de pedirle sinfonías políticas.

Diré, por último, que quizá me he detenido excesivamente hablando de Beethoven, pero es porque el arte es vida. La obra de Beethoven nosotros la vivimos, y en ella se encontrará emoción y placer para todas las generaciones.

Los sabios, en cambio, no nos interesan sino por curiosidad intelectual.

La Quinta sinfonía

No ha de ser esta la disertación de un técnico, que sólo revestiría interés para los profesionales, sino simplemente la impresión de un ardiente enamorado de la belleza, que se ha sentido conmovido ante el misterio, sin cesar renovado y siempre inefable, de la suprema armonía, prisionera del arte del hombre.

Comenzaré diciendo que debo a Beethoven, verdadero *Pater profundus* de la música universal y uno de los grandes prototipos heroicos de la humanidad, según Rolland, las horas más etéreas, más divinas y más profundas de mi vida. Noches enteras he pasado sobre las páginas del maestro, tratando de penetrar en el alma de su música, que me subyugara desde el primer momento. Cabelmente, la ejecución de la Quinta sinfonía sobre el teclado familiar coincidió con cierto período en que me fué dado sentir, en su desolada plenitud, el tema fundamental de esta obra excelsa. Y más de una vez me he dicho que, para comprender la inmortal obra de arte, que nace del dolor inmortal, no hay más que sumergirse en el abismo místico de nuestro propio corazón y escuchar la melodía infinita de nuestro propio sentimiento.

Ciertos biógrafos del supremo artista se complacen en pintarnos un Beethoven anecdótico, el « raro genio » de la conocida dedicatoria de Teresa de Brunswick, la « inmortal adorada » de la Cuarta sinfonía y, en manos de ellos, el estudio amoroso e inteligente del origen de sus obras cede el lugar al relato de la humorada genial, de la ocurrencia peregrina o del episodio dramático.

No es ése el Beethoven que anhelo presentaros, ni el que nos interesa conocer. Existe otro Beethoven, el humano, el íntimo, de la Quinta sinfonía, la « tragedia clásica », como la llama hermosamente Romain Rolland, en su *Vida de Beethoven*, del que voy a hablaros con la admiración y reconocimiento de un beethove-niano impregnado de wagnerismo.

En presencia de una obra de arte cualquiera, ora se trate de un poema, una catedral, una estatua, un cuadro o una sonata, solemos preguntarnos : ¿cuál es el concepto artístico del autor? Penetremos, pues, primero, en el encantado e inmenso mundo artístico de Beethoven.

¿Qué idea tenía del arte, o mejor dicho, de su arte el maestro de Bonn? Antes de oír su música, escuchemos sus propias palabras, porque, indudablemente, no deseareís oír a Fétis, al pedante Fétis, quien, en sus apostillas al *Tratado de armonía y de composición* del gran músico, tuvo la audacia de afirmar del mismo que « no tenía una idea clara y precisa, no ya del verdadero sistema de la armonía, sino de un sistema cualquiera, uniforme y regular ».

Dejemos al estéril crítico con sus acordes placenteros al oído y su infecundo conocimiento de los cánones de la verdadera armonía y sigamos con veneración religiosa al magno artista alemán a través de sus ideas estéticas y sus obras.

Por fortuna no tenemos necesidad de seguir paso a paso, estilo por estilo, el desarrollo de la personalidad artística de Beethoven para conocer su credo estético, el cual puede resumirse en el siguiente pensamiento suyo : « la música, dice, es una revelación más encumbrada que el saber y la filosofía ».

Seguramente no perderéis vuestro tiempo si me acompañáis por un momento en la encantadora tarea de desentrañar la significación de este pensamiento, acaso un tanto ambiciosa a priori, pero más exacto y profundo de lo que a primera vista parece.

Según la definición de Beethoven — coincidente, por lo demás con la teoría wagneriana, para no citar la honda tesis afín de Schopenhauer — el arte musical es por de pronto una revelación más

alta que el saber y la filosofía. La ciencia y la filosofía no son, desde luego, revelaciones de verdades arcanas o leyes recónditas del hombre y la naturaleza, sino interpretaciones de los fenómenos de la vida y del mundo. La ciencia no estudia ni investiga sino los hechos por la vía del método experimental inductivo, mediante el cual « el espíritu se eleva del conocimiento de los hechos al de las leyes que los rigen ». La filosofía, a su turno, es, diríamos, una operación de la mente, mediante la cual la razón trata de remontarse del conocimiento de las leyes que presiden los fenómenos al de los primeros principios a que obedecen esas leyes. Según se ve, ciencia y filosofía no son más que interpretaciones — la una, de las leyes de los hechos, y la otra, de los primeros principios de esas leyes — del universo sensible, de la naturaleza susceptible de regulación y de medida. De la mayor o menor exactitud de tales interpretaciones responden la razón y los instrumentos inventados por la ciencia para medir o calcular el grado de verdad de las hipótesis científicas o de las conjeturas filosóficas. La música, como arte que es, y la más divina de las bellas artes, según Wagner, no es una interpretación ni racional, ni científica, ni filosófica del mundo, sino una revelación. Posiblemente este vocablo os chocha por recordar los dogmas religiosos que aspiran a ser verdades eternas, reveladas por la divinidad al hombre. Pero acordaos de que existen revelaciones humanas, de verdades también humanas. El arte musical es una de ellas, con la diferencia de que la revelación operada por la música, se efectúa por intermedio del sentimiento estético, que abarca un mundo infinitamente grande, frente al cual el mundo concebido por la razón pura no puede ser sino infinitamente pequeño.

Con mucha exactitud afirma, pues, Beethoven, que la música es una revelación más elevada que el saber y la filosofía, porque el universo ideal creado por el sentimiento es infinitamente más amplio e ilimitado que el estricto orbe de la naturaleza fenomenal, concebido por el espíritu científico en sus hipótesis más atrevidas y que el mundo de las ideas, donde flota la razón filosófica en sus concepciones más puras.

Sentado el concepto de Beethoven sobre su propio arte, al que asigna una especie de dignidad sacerdotal o de elevación religiosa, advertimos a renglón seguido que, tratándose de un artista tan máximo, no podemos considerarlo aislado, como que fué, como todos, hijo de su siglo.

¿Cuál era el estado de la cultura alemana en el período en que surge el maestro? Es el glorioso siglo de Goethe, de Kant, de Fichte y de Schelling. En la poesía, después del reinado del autor de la *Mesiada*, que conmovió a una generación, impera Goethe, influyendo en todas las manifestaciones del arte y de la ciencia de su centuria. En la filosofía prepondera el idealismo de Fichte, más accesible que Kant. Es, como se ve, uno de los períodos más brillantes de la historia intelectual de Alemania.

Un episodio del *Fausto* nos proporciona una imagen bastante exacta y precisa del movimiento artístico, literario y filosófico de que era teatro a la sazón dicho país: el casamiento del doctor Fausto con Elena, o sea la conciliación del espíritu atormentado e inquieto de los siglos XVIII y XIX con el espíritu sereno y reposado de la antigüedad griega. ¿Qué va a nacer de la fusión de estas dos tendencias antitéticas de la naturaleza humana, que son al propio tiempo los caracteres de dos civilizaciones? El romanticismo de Werther, el idealismo de Fichte, el *Claro de luna* de Beethoven.

Es el siglo de Fausto y de Mefistófeles, vale decir, de la antítesis por excelencia, de aquella oposición de los contrarios que tiende a resolverse en una síntesis suprema. Este amor al contraste que se encamina a fundirse en una armoniosa síntesis, en un *do mayor* triunfal, lo observamos en la estructura de la Quinta sinfonía, desde el *andante* hasta el final. En el segundo tiempo de esta obra, la oposición entre el tema tierno y el marcial es tan violenta como la que forman los dos personajes del *Fausto*. Escuchamos aquí un choque inesperado y brusco de motivos que podría ser representado por cualquiera de las antítesis que figuran en el poema de Goethe.

En medio de este « vasto incendio del pensamiento humano »,

como dice Maeterlinck en su introducción a *Les disciples a Sais*, de Novalis, aparece Beethoven, vacilante entre las encontradas tendencias de su siglo, un verdadero caos, según Goethe. La educación literaria y filosófica de Beethoven, bastante libre y desordenada, lo deja traslucir claramente.

El fondo de esta educación era clásico, pero Beethoven no dejó de rendir tributo al gusto de su época, la gran alborada del romanticismo en todas las artes.

En medio de este cuadro magnífico, frente a Goethe, el magno poeta, se alza Beethoven, el gran músico. Cualquiera de los dos habría podido llenar el siglo; ambos lo cubrieron con exceso, el uno, con el esplendor de su gloria poética, y con la belleza de su gloria musical el otro. Goethe y Beethoven unidos al principio y separados después, a raíz de un episodio que retrata fielmente los caracteres dispares de estas dos hermosas figuras, se complementan y funden en una síntesis de arte incomparable. Ambos son humanos y universales.

De las nueve sinfonías de Beethoven, que son otras tantas musas, la quinta es una de las más humanas, por ser una de las más íntimas. Podría decirse de ella que es la musa del drama íntimo, de la tragedia secreta. Después de la Quinta sinfonía, henchida de sufrimiento, vendrá la Novena, el himno a la alegría. Pero para llegar a la alegría, es necesario haber pasado el dolor. « ¡Preciso es! », como escribió Beethoven en uno de sus cuartetos. Y es menester también que sintamos golpear al destino a nuestra puerta, para emplear las propias palabras del maestro a Schindler, explicando el sentido del tema, « uno de los más beethovenianos », de la Quinta sinfonía.

Al propio tiempo es esta obra una de las más características y significativas de Beethoven. En ella la personalidad del autor, dueño de sí mismo y de su arte, adquiere su mayor relieve, como que fué compuesta en el período de madurez, precursor de la sinfonía con coros.

Antes de pasar a daros una idea general de la obra es forzoso recordar incidentalmente las circunstancias íntimas en que fué

como dice Maeterlinck en su introducción a *Les disciples a Saïs*, de Novalis, aparece Beethoven, vacilante entre las encontradas tendencias de su siglo, un verdadero caos, según Goethe. La educación literaria y filosófica de Beethoven, bastante libre y desordenada, lo deja traslucir claramente.

El fondo de esta educación era clásico, pero Beethoven no dejó de rendir tributo al gusto de su época, la gran alborada del romanticismo en todas las artes.

En medio de este cuadro magnífico, frente a Goethe, el magno poeta, se alza Beethoven, el gran músico. Cualquiera de los dos habría podido llenar el siglo; ambos lo cubrieron con exceso, el uno, con el esplendor de su gloria poética, y con la belleza de su gloria musical el otro. Goethe y Beethoven unidos al principio y separados después, a raíz de un episodio que retrata fielmente los caracteres dispares de estas dos hermosas figuras, se complementan y funden en una síntesis de arte incomparable. Ambos son humanos y universales.

De las nueve sinfonías de Beethoven, que son otras tantas musas, la quinta es una de las más humanas, por ser una de las más íntimas. Podría decirse de ella que es la musa del drama íntimo, de la tragedia secreta. Después de la Quinta sinfonía, henchida de sufrimiento, vendrá la Novena, el himno a la alegría. Pero para llegar a la alegría, es necesario haber pasado el dolor. « ¡Preciso es! », como escribió Beethoven en uno de sus cuartetos. Y es menester también que sintamos golpear al destino a nuestra puerta, para emplear las propias palabras del maestro a Schindler, explicando el sentido del tema, « uno de los más beethovenianos », de la Quinta sinfonía.

Al propio tiempo es esta obra una de las más características y significativas de Beethoven. En ella la personalidad del autor, dueño de sí mismo y de su arte, adquiere su mayor relieve, como que fué compuesta en el período de madurez, precursor de la sinfonía con coros.

Antes de pasar a daros una idea general de la obra es forzoso recordar incidentalmente las circunstancias íntimas en que fué

compuesta. No es un misterio para nadie que la vida del artista explica casi toda su obra. En Beethoven, el elemento autobiográfico, la confesión, es la nota dominante. La mayor parte de sus obras son verdaderos autorretratos, páginas de su historia íntima.

La Quinta sinfonía surgió del genio de Beethoven en uno de los períodos más tormentosos de su vida atormentada, aunque una hada benéfica, la condesa Teresa de Brunswick, a la sazón su prometida, y a la que dedicara su encantadora sonata *opus* 78, influía con el potente influjo de la pasión correspondida, en su espíritu. En medio de su sordera, cada vez más completa — ¡qué drama para un músico! — Beethoven acariciaba el dulce sueño de una felicidad que iba a desvanecerse bien pronto. Pero si sentimentalmente Beethoven pasaba entonces por una de las horas más venturosas de su trágica existencia, desde el punto de vista económico atravesaba por un instante de angustia. Diríase que los dioses se complacieran en acumular dolores sobre la frente de sus elegidos para acendrar mejor la armonía de su canto. El eco del desolado testamento de Heiligenstadt resonaría aún en el alma del músico. Cuesta un poco creer que concibiera el tema de esta estupenda sinfonía del destino en el transcurso de su noviazgo con Teresa de Brunswick. Por lo demás, Beethoven ya lo había empleado en dos sonatas, con penetrante encanto en la *Appassionata* que hemos escuchado interpretar magistralmente al pianista M. Edouard Risler en esta primavera.

La vasta y multiforme orquesta sinfónica de Beethoven recorre toda la gama de los sentimientos humanos, desde el de puro ensueño de poesía y de amor, que sonríe en la Cuarta sinfonía hasta la emoción eglógica de la Naturaleza, que juguetea, como un capricho fantástico, en la *Pastoral*. En esta orquesta la Quinta sinfonía ocupa una posición intermedia entre las cuatro primeras y las cuatro últimas, constituyendo un ciclo, entre dos grandes ciclos.

Las dos primeras sinfonías, compuestas bajo el influjo de los maestros de la época, Mozart en primer término, son como el preludio de las grandiosas creaciones posteriores. La personalidad

juvenil de Beethoven, trabada por las fórmulas y las normas tradicionales, no habría encontrado aún su propio molde definitivo. La tercera sinfonía puede ser considerada como la musa del heroísmo, que habría sido napoleónica si Napoleón no hubiera defraudado la esperanza de Beethoven, ingenuo liberal y cándido revolucionario. La cuarta es un delicado y tierno madrigal compuesto en honor de la inmortal adorada. En la quinta resplandece la personalidad de Beethoven, en la plenitud de sus medios de expresión, del dominio de su arte. La sexta, titulada la *Pastoral*, en *fa mayor*, que es, según se afirma, el tono de la Naturaleza, tiene la belleza sonriente de un idilio o de una égloga, con gorjeos de aves, murmurar de arroyuelo, festiva reunión de labriegos, rumor de tempestad y canto pastoril. La séptima pasa por ser la apoteosis del ritmo, de la danza, con un maravilloso *allegretto* íntimo de intensa fuerza dramática. La octava es la musa del *humour*, de la ironía y la novena, cúpula del monumento sinfónico beethoveniano, es la precursora del arte de Ricardo Wagner. Uno de los rasgos singulares de la composición, de que voy a tratar, radica en la humildad de su origen temático. De cómo la inspiración del genio acierta a construir un monumento gigantesco con escaso material, es un testimonio tan irrecusable como impercedero, esta quinta sinfonía, cuyo motivo está constituido por cuatro notas, tomadas las tres primeras del grito de la oropéndola, escuchado en un parque, observa Proud'homme en *Les Symphonies de Beethoven*.

Véase cómo la nota más humilde de la Naturaleza puede llegar a dar nacimiento a la creación musical más perfecta, siempre que esa nota sea escuchada por un artista de la estirpe del maestro de las sonatas, las sinfonías y los cuartetos. Verdaderamente, tanto en la Naturaleza como en el arte, nada se pierde, porque todo se transforma. Diríase que las aves cantaran en vano en el bosque, al declinar la tarde; presumiérase que la cigarra turbase el bello silencio del crepúsculo con su estridulación monótona; pero surge un Beethoven en la pradera, y el canto de los pájaros va a transformarse transfigurado en indecibles páginas sinfónicas o aparece

un Anacreonte, y la cantilena de la cigarra resonará en los siglos al son de unos versos griegos.

El verdadero artista, llámese Leonardo da Vinci, Goethe o Beethoven, no desdeña la colaboración de los seres y las cosas más humildes de la tierra, en virtud de que no hay átomo en que no duerma potencialmente un mundo, ni germen en que no se esconda virtualmente una armonía. Toda la dificultad del hallazgo de esta armonía o del descubrimiento de aquel mundo, reside en el arte sencillo y grande de saber oír las voces que, desde el seno de la Naturaleza inanimada, como del fondo de un abismo caótico, piden al hombre la existencia perdurable de las obras hermosas.

Sobre el precario basamento de cuatro notas escasas, levántase como queda dicho, el colosal edificio de la sinfonía en *do menor*. Cuando Beethoven escribía la cuarta, su espíritu estaba acordado en el tono de *mi bemol*, límpido y sereno. La quinta fué concebida en el grave y patético tono de *do menor*, cuyo simple acorde perfecto sugiere una idea fúnebre o un sentimiento dramático.

La impresión que, en conjunto, deja la Quinta sinfonía, es la de una fuerza, al principio lóbrega y tumultuosa, que se desencadena con violencia en el primer tiempo, el *allegro con brio*, con su obsesionante tema del destino, hasta el cual se alza la interrogación del hombre, anonadado a despecho de su albedrío, por el poder de la fatalidad. Luego, en el segundo movimiento, el dulcísimo y tierno *andante*, esta fuerza turbulenta y sombría se serena y adquiere la inefable languidez de « una voz de espíritus puros que llenase nuestro corazón de consuelo y de esperanza », como lo definiera Hoffmann. Beethoven, el insuperable maestro del *andante* y del *adagio*, culmina en el segundo tiempo de la quinta sinfonía hasta traspasar los límites de la emoción humana. ¿A qué regiones desconocidas o superiores nos eleva este trozo hecho de sueños, suspiros, voces etéreas y divinos murmullos? Nada sabemos, pero nuestro pecho se contrae al compás de la dominante y se dilata, al caer el acorde sobre la tónica; flotamos alados y sutiles, en no se sabe qué celeste círculo de armonía y la sagrada emoción de la

un Anacreonte, y la cantilena de la cigarra resonará en los siglos al son de unos versos griegos.

El verdadero artista, llámese Leonardo da Vinci, Goethe o Beethoven, no desdeña la colaboración de los seres y las cosas más humildes de la tierra, en virtud de que no hay átomo en que no duerma potencialmente un mundo, ni germen en que no se esconda virtualmente una armonía. Toda la dificultad del hallazgo de esta armonía o del descubrimiento de aquel mundo, reside en el arte sencillo y grande de saber oír las voces que, desde el seno de la Naturaleza inanimada, como del fondo de un abismo caótico, piden al hombre la existencia perdurable de las obras hermosas.

Sobre el precario basamento de cuatro notas escasas, levántase como queda dicho, el colosal edificio de la sinfonía en *do menor*. Cuando Beethoven escribía la cuarta, su espíritu estaba acordado en el tono de *mi bemol*, límpido y sereno. La quinta fué concebida en el grave y patético tono de *do menor*, cuyo simple acorde perfecto sugiere una idea fúnebre o un sentimiento dramático.

La impresión que, en conjunto, deja la Quinta sinfonía, es la de una fuerza, al principio lóbrega y tumultuosa, que se desencadena con violencia en el primer tiempo, el *allegro con brio*, con su obsesionante tema del destino, hasta el cual se alza la interrogación del hombre, anonadado a despecho de su albedrío, por el poder de la fatalidad. Luego, en el segundo movimiento, el dulcísimo y tierno *andante*, esta fuerza turbulenta y sombría se serena y adquiere la inefable languidez de « una voz de espíritus puros que llenase nuestro corazón de consuelo y de esperanza », como lo definiera Hoffmann. Beethoven, el insuperable maestro del *andante* y del *adagio*, culmina en el segundo tiempo de la quinta sinfonía hasta traspasar los límites de la emoción humana. ¿ A qué regiones desconocidas o superiores nos eleva este trozo hecho de sueños, suspiros, voces etéreas y divinos murmullos? Nada sabemos, pero nuestro pecho se contrae al compás de la dominante y se dilata, al caer el acorde sobre la tónica; flotamos alados y sutiles, en no se sabe qué celeste círculo de armonía y la sagrada emoción de la

belleza suprema se apodera de nuestro espíritu, sumido en el arrobamiento de una dulzura infinita, de un deliquio voluptuoso. No es dable escuchar esta página que, como diría Flaubert, desearíamos estrechar contra nuestro corazón, sin experimentar el poderoso influjo del inmenso genio de Beethoven, el divino artista. En el tercer tiempo reaparece la fuerza del *allegro con brio*, con el motivo fundamental de la obra y análogo desbordamiento de energía, entre pesada y juguetona, para culminar en el final, un canto triunfal en *do mayor*, donde la voluntad heroica vence al sufrimiento y lanza un victorioso grito de desafío al destino.

Cada vez que se escucha esta obra portentosa, la imaginación se siente tentada a representarla como una catedral sonora o una selva de armonía con sus claridades y sus sombras. Schumann la compara con un fenómeno de la naturaleza, siempre admirable y espantoso. Muchos, al oírla, sienten una especie de terror, efecto que la acercaría a la tragedia griega, uno de cuyos fines era suscitar la piedad por medio del espanto. Hasta la grandiosa serenidad de Goethe fué turbada por esta sinfonía, según el testimonio de Mendelssohn.

George Grove dijo de la sinfonía en *do menor* que fué « la anunciadora de la religión de Beethoven », en Inglaterra, al menos. Sería de desear que desempeñara igual misión entre nosotros. Acogedla dignamente en nombre de aquel que está sentado a la diestra de Bach, junto a Mozart, en el cielo del arte musical.

Beethoven tenía en su mesa de trabajo, escrita de su puño y letra, la famosa inscripción grabada en el velo de Isis : « Yo soy lo que ha sido, lo que es y lo que será y ningún mortal ha desgarrado todavía mi velo. » En las febriles horas de la inspiración, cuando el músico, obediente a la orden secreta de su dios interior, se entregaba, transportado, a la creación de sus divinos y melancólicos ensueños de belleza, más de una vez se posarían sus ojos penetrantes, tal vez arrasados en lágrimas, en la misteriosa leyenda de la diosa egipcia, para reanudar luego la obra interrumpida, con la ambición de descorrer aquel velo no rasgado todavía por ninguna criatura humana.

Pues bien : todo lo que ha sido, lo que es y lo que será en el mundo de la música, está encerrado en el arte de Beethoven, arte que es verdaderamente una revelación como el *Fausto*, y una revelación más alta que la filosofía y la ciencia, porque hace penetrar a sus iniciados en el santuario de la divinidad celeste, cubierta con los nueve velos de las nueve sinfonías inmortales.

ELOY FARIÑA NÚÑEZ.

Palabras alusivas ⁽¹⁾

Señor rector,
Señor decano,
Señoras, señores :

Una disposición estatutaria del Centro que me honro en presidir, me impone la tarea de iniciar el acto de esta tarde.

Debo confesar que el cumplimiento de esa tarea entraña para mí una doble satisfacción : la primera de orden puramente institucional, ya que ella significa dar cumplimiento a los deberes propios de mi cargo ; y la segunda, que en este caso es la dominante, de orden puramente cultural.

No puede dejar de ser halagadora para mi conciencia de estu-

(1) En la tarde del sábado 21 del pasado mes de mayo, con los auspicios del Centro de estudiantes de filosofía y letras, realizóse en el local de la Facultad un acto de homenaje a Beethoven, en ocasión del primer centenario de su muerte. Dicho acto fué presidido por el rector de la Universidad, señor Rojas, por el decano, señor Alberini, y por varios profesores de la casa. Un calificado auditorio, en el que se notaba la presencia del encargado de negocios de Austria, llenaba totalmente el salón de grados.

Inició la ceremonia el presidente del centro, señor Camurati, quien dijo breves palabras alusivas. El director de *Verbum*, señor Battistessa, destacó luego el significado del homenaje. Por último, los distinguidos instrumentistas, señorita Renée Scharf y señores Victor Scharf y Eduardo Newbery, interpretaron los tríos op. 1, n° 3 y op. 70, n° 1 del músico alemán, mereciendo los tres, por su fina y ajustada versión, el aplauso unánime y reiterado de la concurrencia.

diante y para la de los compañeros que represento, la circunstancia de tener que presidir un acto de esta naturaleza, ya que si éste puede resultar sencillo en su apariencia, no por eso deja de ser de la más estricta justicia.

Han transcurrido cien años desde el día que una ley inflexible exigiera su tributo al hombre que, con la magnificencia de su arte y la delicadeza de su temperamento, había de llegar a las fibras más íntimas de la sensibilidad humana; creo haber nombrado al artista llamado a perdurar por siglos en todos los espíritus capaces de sentir emoción ante el maravilloso encanto del sonido concertado con el dolor del genio: Beethoven.

Resulta halagador para nosotros, los más humildes estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, recordar en su hora, al que no puede ser olvidado. Los que pudieron y debieron tributar este homenaje, por disponer de más amplios recursos, han dejado pasar — y causa dolor decirlo — la oportunidad de hacerlo.

Sea, pues, el concierto de esta tarde, algo así como una protesta formulada en el mismo lenguaje en que Beethoven habló a la humanidad, para que el arrepentimiento, en forma de armoniosos sonidos, llegue a los que no supieron cumplir con su deber, y se le quede, acaso, en el corazón.

Señoras y señores: Cumple a mi lealtad hacer una declaración formal. La feliz realización de este acto se debe, en primer término, a la exquisita gentileza y a la fina cortesía de los buenos amigos de esta casa, señorita Renée Scharf y señores Víctor Scharf y Eduardo Newbery; y, en segundo, a la diligencia y entusiasmo del expresidente del Centro, compañero Angel J. Battistessa, a quien, por haber sido el gestor y principal organizador de este homenaje, corresponde, a mi juicio, destacar la significación del mismo.

Queden los intérpretes y el organizador con la satisfacción del deber cumplido.

Compañero Battistessa, tenéis la palabra.

JOSÉ ANGEL CAMURATI.

El significado espiritual del «Homenaje a Beethoven» ⁽¹⁾

Mi compañero, el presidente del Centro de estudiantes, que posee la generosa costumbre de atribuir al prójimo los propios méritos, me obliga a pronunciar algunas palabras.

Por apremiante deber de sinceridad, debo declarar, ante todo, que si en la Comisión directiva que tuve el honor de presidir hasta días pasados he podido efectuar alguna gestión para traer a feliz término la fiesta espiritual de esta tarde, esa gestión se ha reducido a dar forma concreta a un anhelo de los alumnos de la casa, que en el transcurso de las últimas semanas sentían la necesidad de este homenaje como un impostergable imperativo de la conciencia.

No importa, pues, mis buenos amigos, quien haya organizado el homenaje; lo que importa es que éste se realice, y que sea precisamente el Centro de filosofía y letras la única institución estudiantil que dentro de la Universidad de Buenos Aires haya tenido la iniciativa de realizarlo. Esto sí merece destacarse. Merece destacarse porque extraña un poco, de primera intención, que la grata iniciativa cuajara aquí antes que en otro lugar universitario, y extraña mucho más, porque, a diferencia de lo que acontece con

(1) Véase la nota de la página 47.

otras agrupaciones estudiantiles, nuestro Centro no posee más riqueza que la que puede derivar de su inagotable espiritualismo, lo que significa decir, en términos más francos y menos académicos, que nuestro Centro es el más pobre de la Universidad.

No es éste, os lo aseguro, un modo de decir patético. Los compañeros bien lo saben. Los pocos centavos que con el correr de los meses podemos allegar en nuestra caja común, van destinados, de inmediato y en su casi totalidad, a la adquisición de libros; no de otro modo, en los hogares humildes y previsores, lo más del gasto se reduce a la compra mañanera del pan de cada día.

Pero esa falta de recursos materiales, que en otro ambiente importaría grave desventaja, a nosotros, en cambio, en ciertos aspectos, nos favorece. Nos favorece y beneficia, porque en nuestra Facultad, por la índole misma de sus estudios, tenemos entendido que la opulencia no suele andar muy de la mano con las cosas del espíritu.

De poseer mayores recursos, la ceremonia de esta tarde habría resultado más sonada y espléndida, pero a buen seguro, no más significativa ni más simpática en su faz estrictamente artística y en su expresión hondamente espiritual. Tarea vulgar y fácil, aunque pecuniariamente más gravosa, nos hubiese sido transformar este homenaje en espectáculo y trocar esta sala en recinto histriónico. Mas, por el contrario, deseosos de que el fácil discurrir de lo mundanal y transeunte se arremanse aquí, siquiera sea por modo momentáneo, durante una hora anhelamos para ella la unción de una capilla.

Sólo un homenaje hecho de desinterés, purgado de toda ostentación, de todo orgullo y de toda vanagloria, puede ser digno del espíritu purísimo que recordamos. Y ese homenaje, no es lícito declararlo sin temor de incurrir en casera alabanza, es el de esta tarde. A la gentileza y al concurso gracioso de los intérpretes, hemos procurado aportar toda la sencillez y toda la efusión emotiva de que somos capaces. Proceder de otro modo hubiese sido organizar un acto de pura imitación, hubiese sido recordar a Beethoven porque todo el mundo lo rememora, y porque, para los espíritus

superficiales, siempre está bien remedar, so color de cultura, todo lo que hacen o dejan de hacer los vecinos. Por dicha, en cuanto a esto, los estudiantes de filosofía y letras no somos pasibles de reproche. Los estudiantes de esta casa no acostumbramos a recordar a los grandes hombres en la sola ocasión del centenario de su muerte; recordarlos es para nosotros tarea de todos los días y oficio de todas las horas; no en vano, bien o mal, acertada o desacertadamente — que esto no sabría decirlo, así, tan de pasada — nos ocupamos de letras, de filosofía y de historia. Las humanidades son como la forma excelsa del recuerdo. La reviviscencia inteligente, no sólo sentimental, del pasado de los hombres.

El acto de esta tarde adquiere por ello significación inusitada. Me atrevo a decir que es el más relevante de los que hasta ahora han podido realizarse en Buenos Aires para honrar la memoria del autor de *Fidelio*. Por lo pronto, por el espíritu que lo anima, es superior a todos y cada uno de los homenajes efectuados en los varios conservatorios de la ciudad; es superior a la pleitesía póstuma, oficial y obligada, de instituciones que, por encima de la exclusiva preocupación artística, se limitan a cumplir su parsimoniosa misión docente, lanzando certificados y más certificados de competencia profesional; y es superior, de igual modo, a las conmemoraciones celebradas en uno que otro teatro porteño, toda vez que esas conmemoraciones — de las cuales la más significativa, si vale el eufemismo, correspondió a la banda municipal — fueron realizadas por músicos profesionales y no por artistas de la música.

Los intérpretes de esta tarde no hacen profesión de músicos, pero en cambio son tres enamorados del arte supremo, en el que, principalmente por obra de Beethoven, se ha podido cifrar toda la angustia y toda la alegría del mundo.

La señorita Renée Scharf, que conociéramos vez pasada, se ha formado como ejecutante, en los severos centros musicales de París y de Viena, ciudad esta última donde no le faltó ocasión de presentarse ante selectos auditorios. Sin embargo, para esta fina parisiense, la música, antes que un medio para la obtención del pú-

blico aplauso, es algo así como un arbitrio para encantar sus solaces de castellana en la vieja posesión del mediodía de Francia, bajo el mismo techo, puede decirse, que en el siglo xvii cobijara a la hija de Madame de Sevigné, la frívola condesita de Grignan, la feliz inspiradora del más hermoso epistolario femenino. La música es también para ella un modo de cantar su nostalgia de viajera de todas las tierras y de todos los puertos por donde se desarrolla la constante peregrinación artística de su señor padre, el pintor cosmopolita de las aristocracias de los más diversos países.

El señor Victor Scharf, diestro animador del conjunto instrumental de esta tarde, es de igual modo un enamorado de la música, en la que sus fatigas de gran pintor hallan descanso. La cultiva desde los años mozos. Ella fué como una amiga que al llenar con sus voces el cuarto del artista, tarde a tarde, dulcificándolas, borraba las asperezas de los días de aprendizaje, los desfallecimientos de las recias y laboriosas jornadas de Viena y de París, donde el señor Scharf fué discípulo de Carrière y de Whistler. Desde entonces, largos han pasado los años. Pero la música, el hada buena de los primeros tiempos, tarde a tarde, como antaño, canta todavía en el taller de este pintor de emperadores, de príncipes, de prelados y de aristócratas que, sin embargo, a fuer de buen psicólogo, usa de tanta y tan acendrada simpatía para comprender los humildes, cual lo muestran sus telas *Interior e Interior bretón*, que no hace mucho tiempo podían admirarse en el salón nacional del Retiro.

Nada diré que declare la afinada característica espiritual del señor Eduardo Newbery, el buen compañero de los años de colegio, el amigo dilecto de las charlas y veladas domingueras. Su modalidad profunda se revela suficientemente en el hecho de venir soslayando, de continuo, las situaciones materiales más ventajosas, a fin de procurarse el vagar necesario y la dorada pereza, sin los cuales la fruición artística no se hace presente. Si no me equivoco, el señor Newbery es de aquellos que creen — con razón y quizá sin paradoja — que esa dorada pereza es el único deporte que le conviene al espíritu.

Pero no es sólo la calidad de los intérpretes lo que prestigia esta ceremonia. La razón es otra. El homenaje a Beethoven no podía encontrar su marco natural sino en la Facultad de filosofía y letras, porque el gran músico, por los perfiles más firmes de su personalidad, está estrechamente ligado a nuestra casa de estudio. Es preciso entenderse. Está ligado a nuestra casa de estudio, no sólo porque la obra de esta figura egregia de la historia de la música puede ser materia de inquisición estética, o de lo que con tal título suele enseñarse en nuestro ambiente, sino porque Beethoven es un héroe, entendiendo bajo esta dominación — según costumbre de sus biógrafos más ponderados — no ya al que triunfa espectacularmente por la fuerza o la destreza, sino al ejemplar humano que en vida sabe ser grande de espíritu y limpio de corazón. No hay que olvidar que nuestra Facultad es una casa de humanidades, y que las humanidades, so pena de trocarse en pedantería sistematizada y trascendente, no son, en supremo análisis, más que el culto de lo heroico así entendido, la luz intelectual plena de amor, encendida frente a los que con el aporte no perecedero de sus obras, supieron poner, al modo de Beethoven, un poco de eternidad y de infinito en el fluir irrestañable de los días de la tierra.

El trío en *do menor* tercero de la serie que el maestro dedicó a Haydn, data de 1795. Estos tríos fueron ejecutados por primera vez en los salones del príncipe Lichnowsky. Haydn, el músico glorioso, que asistía a la audición, aconsejó a Beethoven que no publicase el citado trío. Pero Beethoven desatendió el reparo y guardó rencor a Haydn por su observación.

El incidente es, en verdad, significativo. El viejo Haydn frente a Beethoven, como más tarde el viejo Hugo frente a Baudelaire, presentía ya un temblor nuevo, un nuevo estremecimiento sentimental desconocido en la música de entonces. Durante todo el siglo XVIII, sólo en algunas obras de Mozart — en la sonata y fantasía para piano, en la sinfonía en *do mayor*, en el quinteto en *sol* y en los últimos cuartetos — puede adivinarse un anhelo tan intenso de expresión espiritual, como el que palpita inequívoco en

el trío de que hablamos. La oposición estaba, pues, planteada. Por una parte la música de Haydn, el *divertissement* perpetuo, la travesura sonora; por otra, la música de Beethoven, con su aspiración cada vez más imperiosa, de trocarse en una voz, en un canto expresivo de los afectos humanos más inefables.

Sin pertenecer al número de las grandes obras del maestro, el trío en *do menor* cobra así singular importancia. Puede ser considerado como el punto de partida de la evolución portentosa de su genio. Nos anuncia, en todo caso, al Beethoven de la Quinta sinfonía, de las sonatas de la segunda manera y de los cuartetos dedicados a Rasumofsky.

El *andante cantabile* con variaciones y el *minuetto*, son páginas risueñas, todavía mozartianas, a través de cuyo finísimo discreto lírico canta toda la alegría del sabroso vivir. Sólo la cuarta variación del *andante*, cuyo decir doloroso se desarrolla en una sombría tonalidad menor, constituye una nota personal.

Esta nota personal aparece acentuada en los tiempos primero y último, en el *allegro* y el *finale*, que tienen ya todas las características de la segunda manera beethoveniana; los temas típicos, emanados del acorde perfecto, de gran energía rítmica y presentados bruscamente, sin preparación; la belleza melódica de las ideas secundarias y el hondo interés del desarrollo; la emancipación de las tiranías de la forma; la poesía profunda y la intensa vida espiritual.

El trío *op.* 70, data ya de la plena madurez del genio. Es contemporáneo de la sinfonía *Pastoral*, de la sonata en *la*, para piano y violoncelo, del concierto en *sol menor* y de los cuartetos *op.* 59.

El *allegro* se caracteriza por el enérgico unísono de los tres instrumentos, de los que se desprende una melodía de consuelo, de mansedumbre y de cordial resignación. El estupendo desarrollo, la inesperada *reprise*, la energía rítmica y la vivacidad del conjunto hacen que este tiempo una a su belleza intrínseca el más alto interés musical.

El *largo assai*, independientemente considerado, constituye un trozo único. Debe contarse en el número de las creaciones más fe-

lices y más características de Beethoven. Nunca se ha expresado en arte un dolor tan intenso y una inquietud tan profunda con tal dignidad en la queja, tal recato en el sollozo y tal equilibrio en la expresión total. Las manoseadas categorías de *clásico* y *romántico* pierden todo su sentido, toda su comprensión, cuando por fácil y obligado procedimiento crítico se intenta aplicarlas a este trozo, en el que, por raro prodigio, aparecen conciliados e indentificados el sufrimiento más borrascoso, la angustia más afligente y conturbadora, con la expresión más noble y más serena. El artista, porque en este caso es algo más que un artista, en el instante mismo del sufrimiento parece sobreponerse a él, hasta señorearlo totalmente por un acto libérrimo de fortaleza moral. De este modo, en forma perceptible para el ánimo atento, vase gestando en el *largo* el estallido gozoso de la última parte del trío, el ritmo dionisiaco con que el músico supera la dolorosa y recogida intimidad del momento anterior, para afirmar de inmediato, con una audacia y una maestría de modulación inusitadas, toda la fruición, toda la santa fruición del ser y del vivir.

Durch Leiden Freude!, la alegría mediante el dolor. La grande, la enorme y saludable lección que canta en el huracán jubiloso del final de la Novena sinfonía alienta ya, como en compendio, en la obra que nos aprestamos a gustar.

No me resta, pues, en gracia a la ahora más que nunca apetible brevedad, sino dejar espacio para que se inicie el homenaje cordialísimo, del cual, naturalmente, deben descontarse estas pobres palabras mías. En el día de su recuerdo, el Centro de estudiantes de filosofía y letras sólo puede ofrecer a Beethoven su propia música, lo que resulta, en verdad, magnífico ofertorio. Gracias a la riqueza de Beethoven, que junto al caudal de todos los artistas y de todos los sabios forma el patrimonio espiritual inalienable de los estudiantes de filosofía y letras, a pesar de su consabida pobreza y desnudez material, a cien años de distancia, estos estudiantes pueden responder, por propio y natural impulso, a las últimas y conmovedoras palabras con que en el testamento de Heiligenstadt — sólo nominalmente dedicado a sus hermanos

Karl y Johann — el genio del dolor y de la alegría se despedía de los hombres :

« No me olvidéis enteramente en la muerte; merezco que penséis en mí, porque a menudo he pensado en vosotros, durante mi vida, para haceros felices. ¡Sedlo! »

ANGEL J. BATTISTESSA.

CRÓNICA

Discurso inaugural ⁽¹⁾

En estos momentos de ásperas inquietudes para las facultades, y dado que la vida universitaria tiende a convertirse en un género épico, es oportuno comprobar el desenvolvimiento normal de la Facultad de filosofía y letras.

No hemos de inquirir las causas de tan extraño fenómeno, pero séanos lícito mencionar uno : me refiero al hecho, por cierto singular en nuestro país, de ser ésta una casa donde sus miembros, profesores y alumnos, tienen una honda y exclusiva dedicación intelectual. Fuera inútil negar una de las más lamentables deficiencias de nuestra Universidad : la mayoría de sus hombres no son universitarios, por lo menos en el sentido pleno del término, esto es, al modo europeo o norteamericano. Prueba de ello es que los más de los profesores son personas en quienes la pasión dominante no reside precisamente en la investigación de la verdad, sentimiento que es el fundamento moral de la Universidad. La mayoría prefiere la explotación técnica y profesional de la ciencia. En el mejor de los casos, esto no puede ser sino una consecuencia útil, pero no constituye la esencia de la vida universitaria. Aná-

(1) Discurso pronunciado por el decano de la Facultad, señor Coriolano Alberini, el día 9 de abril próximo pasado, en ocasión de la inauguración de los cursos. Efectuóse el acto inaugural en el salón de grados ante crecida concurrencia de profesores y alumnos. El profesor Emilio Ravnani disertó a continuación acerca de los estudios históricos en la República Argentina. Su disertación puede verse en *Síntesis*, año I, número 1. Buenos Aires, 1927.

logo reproche merece el alumnado. ¿Cómo explicar que la afluencia de bachilleres hacia ciertas facultades tome cada día caracteres tan alarmantes? Sería realmente extraño que determinadas vocaciones se manifiesten en forma tan copiosa. Ello nos permite presumir que tal vocación no existe, o que cuando existe se halla en general perturbada por las formas más cínicas del utilitarismo inmediato. No otra cosa cabe pensar si se contempla la enorme cantidad de jóvenes decididamente resueltos a ejercer con profunda frialdad íntima las más graves profesiones liberales. Tal estado de ánimo constituye quizá la mejor explicación de ciertos fenómenos universitarios, pues sólo así resulta fácil determinar el origen de tantas pasiones antiuniversitarias. Tal como marchan las cosas no resulta muy cómodo entregarse al estudio, ya que, al parecer, lo más lógico es admitir que en la Universidad también se estudia...

Presumimos que la índole democrática del estatuto universitario tuvo, entre otros fines, el de crear un fuerte fermento juvenil capaz de librar a la Universidad de un espíritu excesivamente profesional, y por tanto de fomentar el advenimiento del tipo de profesor que no sea sino profesor e investigador. En una palabra: que en caso de haber política, ésta debiera subordinarse exclusivamente a los intereses de la cultura. Por desgracia, no es así. La actividad electoral se ha hipertrofiado a costa de la cultura y, lo que es no menos grave, cunde en la Universidad, a la sombra de la buena fe estudiantil, cierta clase de profesor indocto, lleno de verba vacua y tonante, diestro en el manejo rápido y efectista del lugar común; en suma, se trata de un auténtico arquetipo de demagogo en disponibilidad, que habiendo fracasado en el escenario de la política nacional, refugia en la vida universitaria su amargura acometiva y locuaz. Tamaña insubstancialidad militante suele alimentar y pervertir el idealismo inconcreto de la juventud. Decididamente, nos hallamos ante una de las peores hazañas del diletantismo porteño.

Por fortuna, nuestra Facultad se ha librado de esta especie subuniversitaria. En primer término, es del caso recordar que la Facultad debe su existencia a un selecto grupo de hombres, entre los

cuales contábanse muy conspicuos representantes del viejo diletantismo cultural, y los llamamos así porque, no obstante ser hombres llenos de distinción espiritual, en realidad se pasaron la vida soñando fundamentalmente con el prestigio político. Casi todos ellos procedían de la Facultad de derecho. Desaparecieron de nuestro instituto, unos por jubilación y otros por efecto de la reforma universitaria del año 1918. Con todos sus defectos, merecen el homenaje de los sucesores, pues si no pusieron en la Facultad lo mejor de su espíritu y rara vez pugnaron por crearle a esta casa un alma y dotarla de las condiciones materiales de su progreso, en cambio, han tenido el mérito de haberla fundado. Fueron, en su mayoría, hombres de filiación filosófica positivista, y quizá por ello, o por otras razones que no es del caso indagar ahora, se contentaron con un instituto de lacia armazón y vida precaria. Sin embargo, el positivismo consciente o vago de estos hombres tuvo cierto vigor, puesto que fueron iniciadores. Este positivismo gozaba de cierta vitalidad, al revés de lo que ocurre con el positivismo de los epigogos. Los espíritus formados durante la decadencia del positivismo y nutridos por los residuos de esta forma filosófica anacrónica, fueron menos amplios que sus maestros. Nos complacemos en señalarlos porque entre ellos cabe buscar a los enemigos de la Facultad, es decir, a los que la hostilizan con su indiferencia o a los que se ocupan de ella para proyectar su supresión. Vaya un ejemplo: durante la segunda presidencia del general Roca, alguien que tenía autoridad oficial, propuso la supresión de la Facultad de filosofía y letras. Se tramó el golpe al discutirse el presupuesto nacional. Bastaba con un poco de indiferencia y la Facultad habría muerto al poco tiempo de nacer. Pero quiso la suerte que el general Roca, antes de firmar el acta de defunción, consultara al general Mitre, el cual, como era de esperar, pronunció la palabra salvadora. Me es grato dejar constancia de este hecho que me fué referido por el poeta don Rafael Obligado, uno de los fundadores de la Facultad. No nos sorprendamos: Mitre perteneció a la gran generación romántica, la que dió al país el sentido de la cultura y de la libertad orgánica. En cambio,

la prole raquíutica del positivismo decadente nos ha suministrado dos clases de enemigos de la Facultad: la de los que quieren suprimirla y la de los que aspiran a captarla. Son dos formas extremas de la enemistad, y quizá la segunda categoría es la más peligrosa, pues suponemos que a los que preconizan la destrucción de la Facultad, nadie les hace caso, porque si tuvieran éxito, entonces sería justo afirmar que, cuando en un país se consigue destruir una Facultad de filosofía y letras, existen buenas razones para creer que el país no la merece. Semejante supresión sería todo un rasgo de barbarie, que no tendría más fin que el de acentuar en el exterior nuestro prestigio pastoral. Puedo asegurar que durante mis visitas a los principales centros culturales de Norte América y Europa, revelar la existencia de nuestra Facultad era el argumento más decisivo para destruir la creencia de que nuestro país es sólo un pueblo de pastores y mestizos. Pero es evidente que los pastores abundan y también los malos pastores, máxime en la vida universitaria.

La Facultad goza de otra clase de enemigos, que por fortuna cuentan con escasísimo apoyo dentro de ella. Me refiero a un grupo de hombres desprovistos de austero sentido cultural. Sueñan constantemente con decanatos y rectorías, y como han fracasado en la política de la propia Facultad, anhelan reponerse en las Facultades nuevas y menores. No tocaríamos temas tan ingrato si no estuviera de por medio más que una simple maniobra de la ambición personal. Pero, es cosa clara, que en el fondo de este asunto se halla la prueba concluyente de que nuestra Universidad falla en una de sus condiciones esenciales. Aludo al problema de la especificidad de los institutos universitarios. Es evidente que si una Facultad no puede producir los hombres que necesita para gobernarse, cabe admitir entonces que ese instituto no puede probar, al menos por ahora, su derecho a la existencia, de lo contrario, debemos presumir que una política extraña a la cultura perturba la libre manifestación de la vitalidad específica de las Facultades.

Pues bien, durante los últimos años nuestra Facultad ha luchado ahincadamente con un decidido propósito: lograr su plena

emancipación política y espiritual. He tenido éxito. Nuestra casa posee un cuerpo docente constituido por personas que no son sino profesores. Se trata de hombres que no viven roídos por el sentimiento económico, por el anhelo de figuración burocrática, ni por la lubricidad de la nombradía sin prestigio. Todos ellos ponen en la cátedra lo mejor de su espíritu. El hecho mismo de que el rectorado actual esté en manos de un hombre de esta casa, es el mejor argumento para probar que la Facultad de filosofía ha contribuido brillantemente a la espiritualización de la Universidad. Por todo ello, nuestro instituto ya no es una pieza política movida por manos de hombres que juegan partidas electorales en otras Facultades. La era del diletantismo abogadil ha terminado en nuestra casa, y no volverá, aun cuando llegara a contar con la colaboración de algunos estudiantes ilusos o pervertidos por la pasión y el interés. Esta triunfante especificidad política y cultural es, pues, el verdadero síntoma del progreso universitario. Y hay que reconocer que por lo que toca a nuestra Facultad, el hecho se ha producido en los últimos diez años. No hay aquí más política que la que impone el estatuto y el interés de la cultura. Pero ocurre que la obra universitaria necesita de ciertas condiciones materiales. Me refiero a edificios, laboratorios, etc. Pues bien, hemos luchado por procurarnos la solución rápida y eficaz de los problemas prácticos de la Facultad.

Confieso mi escasa simpatía por las formas retóricas del idealismo. Tratándose de hombres de gobierno, no hay más idealismo que el que se cultiva con espíritu de efectividad. El idealismo de los seudocuáqueros a la postre siempre se reduce al culto retórico de las formas morales para violar mejor la substancia de la ética. Por eso afirmamos una vez más nuestra animadversión por los gobernantes universitarios solemnes y estériles. Los cargos son instrumentos de trabajo, y el funcionario que cultiva la inercia cubierta de retórica, así sea la más distinguida, incurre en una inmoralidad fundamental. Acorde con estos conceptos, hemos procurado resolver algunos de los problemas prácticos más perentorios. Como es sabido, la Facultad se encontraba imposibilitada

para cumplir sus fines por carecer de los medios materiales del caso. No he de narrar la historia de la negligencia de que siempre ha disfrutado esta Facultad por obra y gracia del público, de los poderes oficiales y del Consejo superior de la Universidad. Con razón se la llamó la Cenicienta. He ahí por qué hemos procurado encarar decididamente la solución de los problemas prácticos, y en primer término la reforma de los locales de la Facultad, ya que por el momento resulta cosa por demás optimista creer en la posibilidad inmediata del edificio propio.

Ante todo, debo recordar que se ha conseguido realizar una de las mayores preocupaciones que tuve al ocupar el decanato: instalar debidamente el Museo etnográfico, cuya riqueza nos da derecho a sostener que es uno de los más importantes de América. El Museo, que durante muchos años estuvo sepultado en los sótanos de la casa, se halla ahora cómodamente instalado en el edificio que antes ocupó la Facultad de derecho y ciencias sociales. Justo es recordar aquí que mis gestiones para obtener el viejo edificio de la calle Moreno lograron el más vivo apoyo en el señor intendente de la Capital, doctor Carlos Noel, y en sus colaboradores más eminentes. El doctor Noel demostró de inmediato un grande y generoso interés por este proyecto, evidenciando con ello su calidad de doctor en letras de París y, por tanto, de ser hombre capaz de obrar movido por un sentimiento de fina cultura, como cumple el autor de la excelente tesis doctoral sobre *Las ideas sociales en el teatro de Dumas*.

La dirección de arquitectura de la municipalidad transfiguró el viejo edificio de la calle Moreno, de tal manera que ahora bien puede abrigar, sin peligro, nuestras magníficas colecciones arqueológicas. En breve será inaugurado oficialmente y abierto al servicio público.

El museo, que había invadido casi toda la casa, al ser trasladado permitió despojar a la Facultad de su tradicional aspecto tenebroso. Ahora hay limpieza, amplitud y luz por doquiera. El decano por fin dispone de un despacho, ya que jamás lo tuvo. El Consejo directivo tiene sala propia, pues funcionaba en una biblioteca. Po-

see la Facultad un amplio salón de grados. Todos advirtieron cuán incómodo era el anterior pequeño anfiteatro. Es esta una de las más importantes reformas, pues nuestra Facultad no sólo produce doctores y profesores, sino que también ejerce la extensión universitaria en grande escala y con toda dignidad intelectual, esto es, sin espíritu de popularismo banal. Es esta la Facultad que atrae mayor público de todas las clases sociales, y donde han hablado los intelectuales extranjeros más eminentes del mundo, tales como Einstein y otros que están en la memoria de todos. En breve actuarán aquí Langevin, el gran físico francés, Farinelli, el célebre especialista de literatura comparada, y el eminente americanista Rivet. Esta superior forma de extensión universitaria, practicada con un alto espíritu de cultura fermental, necesitaba una sala adecuada. Por fin, contamos con ella, aunque no es tan amplia como fuera menester. No menos dignas de mención son otras reformas como ser el nuevo piso agregado a la biblioteca, que ha permitido la buena instalación de las bibliotecas Dobranich y Zuberbühler; las nuevas aulas instaladas en los espacios dejados por el museo, y las salas para las alumnas, amén de que pronto se procederá a reorganizar los locales de la secretaría. En síntesis, no obstante tratarse de un edificio poco apto para las actuales funciones universitarias, lo cierto es que, merced a semejantes reformas, esta casa ha dejado de ser el sórdido habitáculo de las incipientes humanidades argentinas.

Reforma no menos interesante constituye la nueva instalación de los institutos científicos de la Facultad en la amplia casa de la calle Reconquista, que consta de más de treinta habitaciones. Aparte el instituto de psicología experimental y los gabinetes de historia del arte y de historia universal que funcionan en esta Facultad, la nueva casa alberga los institutos de historia, de geografía, de literatura y filología. Además, allí se instalarán otros institutos y funcionará la Academia de filosofía y letras. Inútil encarecer la importancia de estas instalaciones, pues es conocida la ingente actividad de esos institutos científicos, bien revelada por numerosas publicaciones, las cuales sin duda son desconocidas por

los que, de cuando en cuando, proyectan el cierre de la Facultad y por los que consideran buen método determinar lo que ésta cuesta al presupuesto nacional, merced al cálculo de lo que se paga por cada doctor en filosofía y letras. Aun admitiendo por un momento que tamaña calculatoria no sea digna de la mentalidad de los que la cultivan ruidosamente, bueno sería decir que, en definitiva, mucho cuesta un doctor en letras, puesto que las cosas finas suelen ser caras. En todo caso, si, al parecer, la creación de un doctor en filosofía resulta un mal negocio para el Estado, quédale a éste un consuelo: desconocer el valor de los títulos en homenaje a los que no tienen ninguno, los cuales, precisamente porque no tienen ninguno, nada cuestan al Estado — por lo menos antes del nombramiento —, y si, por casualidad, el flamante doctor obtiene una cátedra, entonces al Estado le queda una forma de desquite, la más refinada: explotar el trabajo del humilde doctor docente, retribuyéndole con un sueldo de burócrata subalterno.

¿Qué consecuencias culturales trae semejante estado de cosas? Una de las más graves es la escasez de población, sobre todo masculina, en los institutos donde se preparan profesores. Es natural: los hombres prefieren carreras más prolicuas. Saben que el doctorado en filosofía y letras requiere un esfuerzo no inferior al de otras carreras, y saben también que, en el mejor de los casos, si alguno, llevado por vocación enérgica, permanece en la docencia, nada habrá que lo garantice contra las acechanzas de la incompresión, la cual, como es notorio, alguna vez se manifestó en forma de ministro. Verdad es que el tiempo se ha vengado. Este ministro, enemigo de los profesores, un buen día reapareció trocado en gestor de tranvías subterráneos. Suponemos que tamañas transacciones cuentan con honorarios opíparos, pues está fuera de duda que el trabajo de los especuladores debe pagarse copiosamente, no así el de los profesores, que, según el ex ministro tranviario, deben ser anacoretas. Todo ello, naturalmente, para mayor gloria de quienes jamás han enseñado, y de quienes si alguna vez practican la docencia, lo hacen como actividad subsidiaria, pues dedican al consultorio, al bufete o a la política lo mejor de su esfuerzo per-

con Verbum
con Verbum
con Verbum

con Verbum
con Verbum
con Verbum

con Verbum
con Verbum
con Verbum
con Verbum
con Verbum
con Verbum

sonal. Compréndese que con tal estado de cosas, ni las facultades de filosofía ni los institutos similares puedan contribuir eficazmente a la creación de una buena enseñanza secundaria, cuya deficiencia explica algunos de los caracteres de la incultura nacional. Para honor de la Universidad, justo es decir que el Colegio nacional de Buenos Aires y el Instituto libre de segunda enseñanza no otorgan cátedras sino a quien tiene título profesional. Sólo puede eximirse de él quien posea probada personalidad intelectual.

Pero, entre tanto, a la espera de que el espíritu público y los poderes oficiales pongan sobre estas instituciones sus manos protectoras, nos consolamos ejerciendo ampliamente la extensión universitaria y la investigación científica. No es poco. Quizá hacemos precisamente algo muy esencial; pero no se comprende por qué estas facultades, al modo de sus similares europeas o norteamericanas, no han de poder crear hombres de estudios y de amor a la docencia. Recuerdo que un ex ministro de instrucción pública, notorio enemigo de esta casa, discutiendo conmigo, me dijo, con la mayor serenidad del mundo: « La Facultad de filosofía no tiene por fin crear profesores, sino historiadores y filósofos. Si ella da, siquiera cada cuarenta años, un filósofo o un poeta, queda justificada su existencia. » Como se ve, el señor ex ministro mucho estimaba a la Facultad de filosofía y letras. Lástima que el amor tenga formas tan mortíferas, pues semejante apologética de la Facultad recuerda a aquel personaje, no sé si de Voltaire, que se complacía en arrojar piedras a la cabeza de un señor con el objeto de espantarle las moscas. ¿A qué se reduce la dialéctica del señor ministro? En el fondo, a esto: El fin de la Facultad consiste en crear lo que ella no puede crear, puesto que Salamanca no puede reemplazar a la naturaleza. Si admitiéramos la lógica del señor ex ministro, resultaría que el Colegio militar tiene por objeto elaborar Napoleones. Pero supongamos que la Facultad de filosofía pudiera convertirse en un vivero oficial de genios, ¿sería esa una razón para privarlos de actuar en la enseñanza? De lo contrario, ¿qué hacer con estos genios desocupados? ¿De qué podrían vivir? El señor ex ministro no halló respuesta; pero yo, en su lugar, la

habría encontrado diciendo, que, en este caso, lo más lógico consistiría en convencer a los egresados de la Facultad que ellos no tienen sino una misión: la de dedicarse exclusivamente a hurgar las entrañas de lo absoluto, contemplar la esencia del ser y fijar su domicilio legal en el tonel de Diógenes. En cambio, las cátedras deberán otorgarse a cualquiera, o a los pedagogos absolutos, quienes sólo estudian para enseñar, es decir, que tienen del saber un sentimiento puramente profesional. Es claro que semejante tesis descansa sobre uno de los peores prejuicios puesto de moda por el positivismo pedagógico, el cual cree que la forma didáctica del saber es más importante que el saber mismo. Por eso no está de más recordar, para que se vea la fecundidad del absurdo, que semejante criterio explicó la fundación de la extinta Escuela normal superior, pueril remedo verbal de la de París, hoy en decadencia y anexada a la Universidad, pues en la capital francesa nadie ignora, como lo he comprobado hace poco, que esa institución en esencia no difiere de la Sorbona. Idéntica enseñanza y, en general, los mismos profesores. Por otra parte, nadie ignora, que la Escuela normal superior de París debió su brillo precisamente por lo que tuvo de casa de altos estudios, y no merced a tal o cual finalidad pedagógica.

En la mente del aludido ex ministro, la Escuela normal superior, tal como existió aquí, tenía finalidad pedagógica, es decir, se redujo a una precaria creación de la prosaica fantasía comtiana. En otros términos, fué una de las últimas hazañas del positivismo jubilado.

Sea lo que fuere, lo cierto es que nuestra Facultad logra cada día mayor incremento, no obstante la indiferencia oficial y los ataques de la incomprensión y de la barbarie ambiente.

Resuelto en parte el problema de los locales, cumple ahora iniciar la reforma espiritual de la Facultad.

Claro está que no profesamos mayor fe en la virtud de los planes de estudios. Sabido es que todo es cuestión de hombres. Pero, no es menos cierto que un plan de estudios debe tener cierta plasticidad, lo que implica que no se le debe considerar como una

obra del gabinete sino como obra de gobierno. De ahí que habiéndose modificado un tanto la situación cultural del país, y contándose con un abundante alumnado y mayores recursos, resulta oportuna una revisión del plan de estudios. La reforma estará inspirada en el propósito de conservar e intensificar la unidad humanista de los estudios propios de esta casa, pero procurando que esa unidad no impida al estudiante acentuar el matiz histórico, literario o filosófico, de acuerdo con su vocación. Pero, como se comprende, lo primordial reside en dar a la enseñanza una entonación concreta, lo cual ya se ha logrado en parte merced a la institución de los seminarios, con los trabajos prácticos y las lecturas obligatorias. Objeto de especial consideración fué la enseñanza del latín. Es sabido que esta Facultad se encuentra en el grave inconveniente de que sus alumnos ingresan ignorando lo que bien sabe el alumno de facultades europeas. Ello impone a nuestro instituto la difícil tarea de cumplir deberes propios de la enseñanza secundaria. Tal es el caso en latín. Por otra parte, justo es reconocer que el latín elemental de la Facultad entorpece la enseñanza de otras asignaturas, pues ocurre que el estudiante de vocación histórica o filosófica llega al quinto año y aun no puede hacer uso de su latín. El Consejo directivo ya ha iniciado la solución de ese grave problema. Comenzó por intensificar la enseñanza del latín en primer año, merced al doble horario, nombrando un ayudante para la corrección de deberes y para dictar clases complementarias. Existen buenas razones para creer que el experimento ha tenido pleno éxito. Si él continúa, ello significará que los alumnos, al llegar a tercer año, ya se habrán librado de los rudimentos, y estarán en condiciones de gustar de una lengua que por lo general les inspira horror.

Análoga cosa se ha hecho con otras materias de primero y segundo años. Es de esperar que en lo futuro se generalizará este procedimiento de enseñanza a todas las materias. Ello ha de permitir a la Facultad producir nuevos egresados, llenos de vocación humanista. Luego, los que tengan espíritu docente, podrán inscribirse en el departamento de didáctica con objeto de aprender a

¿esta
no?

enseñar. Y decimos luego, por que en nuestra Facultad no se admite la tesis de los pedagogos, quienes consideran que se debe estudiar para enseñar. Preferimos creer que se debe estudiar movidos exclusivamente por amor a la verdad, y después, ya provistos de vocación enérgica y saber concienzudo, será el caso de adquirir aptitudes didácticas. Creer lo contrario es una manera de llevar a la enseñanza secundaria y universitaria los procedimientos de la primaria, en la cual reconocemos que nuestros normalistas son hombres realmente beneméritos. Pero como en nuestra Facultad no admitimos los prejuicios del pedagogismo, es natural que los cursos del doctorado sean previos a los del profesorado. He aquí nuestra tesis: primero saber por saber, luego enseñar, si tal le place al que de veras sabe algo. Subordinar la ciencia a los fines de la enseñanza, es enervar el espíritu de la ciencia. Creer lo contrario es caer en las vacuidades del formalismo normalista. Tampoco admitimos el especialismo extremo. No se concibe que un profesor de historia sólo sepa historia: La cultura humanista, es decir, histórica, literaria y filosófica, es una e indivisible, aunque resulte difícil descollar igualmente en todas las formas del humanismo; pero esta dificultad no da derecho a perder el sentido de la unidad humanista y caer en el especialismo histórico, filosófico y literario. Una persona que sólo sabe historia nunca podrá comprender, por ejemplo, las teorías historiográficas de Croce. Con justicia se ha dicho que una historia sin espíritu filosófico es grueso empirismo, y que una filosofía sin cultura histórica y científica es cosa que puede llevar al abuso de la abstracción. Vese, pues, que un plan de estudios para una Facultad de filosofía y letras debe eludir dos defectos: el especialismo extremo y el espíritu normalista. Evitaremos el primero, fomentando el sentido de la unidad humanista, y el segundo, anteponiendo el doctorado al profesorado.

De lo dicho, bien se colige que la Facultad de filosofía y letras responde a los siguientes fines: Primero, preparar doctores en historia, filosofía y letras; segundo, preparar profesores para la enseñanza secundaria y normal en materias humanistas; tercero, reali-

zar la extensión universitaria en su forma superior y fermental, y también con carácter noblemente popular; y cuarto, cultivar ampliamente la investigación científica por medio de institutos y seminarios, los cuales ya cuentan con una abundante y prestigiosa producción. Buena prueba de esto constituye la conferencia que ahora vamos a escuchar. La pronunciará el doctor Ravignani, director del Instituto de investigaciones históricas de la Facultad, distinguido ex alumno de ella y concienzudo propulsor de la nueva forma de los estudios históricos en la Argentina.

CORIOLOANO ALBERINI.

Arturo Farinelli ⁽¹⁾

Las conferencias del profesor Farinelli inician en la Facultad de filosofía y letras la conmemoración del centenario del romanticismo. Dentro de poco, también los profesores de la casa lo estudiarán en sus diversos aspectos; además de las formas literarias, serán consideradas las artísticas, políticas, sociales y filosóficas, y todo ello con especial referencia a la Argentina. Es sabido que lo más vital de nuestra cultura procede, quizá, del movimiento romántico, tal como lo sintieron los hombres de la generación de Echeverría.

Todos ellos tomaron del romanticismo, directa o indirectamente, el sentido histórico y estético, así como los argumentos de la crítica dirigida al ideario iluminista de la generación anterior. De tal modo se explica que la esencia ética de nuestra Constitución, halle su raíz en las ideas filosóficas del intelectualismo del siglo XVIII, vivamente atenuadas por el historicismo de procedencia romántica. Más tarde las tendencias historicistas se complicaron con el positivismo, tal como ocurre, por ejemplo, en Groussac y en algunos representantes de la generación del 80, por lo menos en

(1) Semblanza del ilustre polígrafo, leída por el decano de la Facultad, señor Alberini, al iniciarse el ciclo de conferencias que acerca del romanticismo desarrolló últimamente el profesor Farinelli. El acto inaugural de este ciclo, realizóse el día 20 del pasado mes de mayo, con asistencia del ministro de Instrucción pública, señor Sagarna, y del rector de la Universidad, señor Rojas.

uno de los más distinguidos, Juan Agustín García, ilustre ex profesor de esta casa.

A pesar de sus quimeras, el romanticismo no sólo exacerbó el sentido del ensueño, sino también el de la realidad en sus formas profundas, máxime en las creaciones del mundo humano, pues, no obstante tal o cual desvarío, el romanticismo intentó revelar la naturaleza auténtica por debajo del esquema mecánico matemático, y exaltó el carácter creador de los procesos históricos.

No ponemos demasiada fe en las proezas académicas del espíritu conmemorativo; pero cuando estos actos se cumplen merced a la palabra de un gran maestro como Farinelli, cabe presumir que alguna utilidad pueden tener, pues creemos que la actuación de este profesor entre nosotros contribuirá a aguzar los procedimientos de indagación del pasado espiritual argentino.

A todos sorprende la extraordinaria erudición de Farinelli, toda de primera mano. No hay literatura moderna que él no domine con impresionante maestría. Tan firme es su saber y el valor de sus descubrimientos que a menudo merece el elogio concienzudo de los más grandes críticos y filólogos de todos los países cultos.

Sin embargo, no vaya a creerse que Farinelli tiene una mentalidad libresca ni que dedica su vida a primar en la gesta de la ficha infalible. Tampoco le place el abuso del esquema doctrinario, precisamente porque él, historiador del romanticismo, tiene temperamento intelectual romántico. Ello significa que las inclinaciones más hondas de su espíritu se han formado bajo el influjo de las filosofías antiintelectualistas, y de más está decir que la metafísica del romanticismo es de índole intuicionista. Sólo que esta intuición, Farinelli la vive con toda conciencia, aunque por lo general rara vez la medita fríamente. De ahí que su inmenso saber se halle libre de sequedad bibliotecaria, puesto que los libros constituyen el combustible que él arroja en la llama de su intuición. Toda su obra es poesía sobre poesía, pero sin mengua del rigor en la revelación erudita. Así se explica su amor a las grandes figuras del romanticismo, sobre todo del germánico, que él ha estudiado luminosamente, creando una escuela abundante en distinguidísimos

discípulos, tales como Alfero, Gina Marteggiani, Castiglioni, Allason, Gabetti, Amoreti, Borgese, etc. Todos ellos, de acuerdo con el método del maestro, han escrito magníficas monografías sobre autores como Novalis, Chamisso, Nietzsche, Carolina Schlegel, Hölderlin, etc. En cuanto al maestro, inútil fuera mencionar la larga lista de sus obras, que pasan de cuarenta. Pero tanto Farinelli como sus discípulos sólo se valen de la erudición literaria para lograr una intuición de la vida. Por eso toda la obra de Farinelli constituye una especie de reviviscencia intuitiva y lírica de la historia literaria, la cual es penetrada, no ya a golpe de doctrina, al modo de Taine, sino a fuerza de sabia emotividad. Su elocuente *Weltanschauung* de humanista romántico dominado por constante tensión lírica está hecha de pesimismo heroico y de dolor vidente. Sobre la objetividad de su vasta y múltiple erudición, Farinelli escribe la autobiografía de su alma, logrando así una visión del mundo y de la vida que, no obstante su origen subjetivo y su tumulto lírico, tiene esencia universal. Esta metafísica pesimista — que lo es porque afirma la caducidad de todas las cosas —, también es optimista, pues de cuando en cuando surge en Farinelli una especie de exaltación jocunda llena de espíritu panteísta, provocada por el sentimiento de lo divino concebido al modo romántico, es decir, como creación continua del ser, algo así como un espinosismo inmune de rigidez matemática. Sin embargo, este posible panteísmo no excluye el valor del individuo humano, pues Farinelli profesa un hondo culto por la espontaneidad inagotable de la evolución cósmica y de la personalidad espiritual.

Precisamente hallamos aquí uno de los rasgos que más singularizan la mentalidad de este millonario de la erudición, ya que en el fondo de su obra alienta con vigor perenne una actitud filosófica que le da unidad y es su motor íntimo. Se trata de una metafísica vivida, antes que elaborada doctrinariamente. Por eso ha estudiado el romanticismo por medio de criterios estéticos de la más pura prosapia romántica. Hay que alabarlo por ello, pues sospechamos que lo más sólido que se ha escrito en materia de estética

procede, directa o indirectamente, del romanticismo. Sin él resultaría inexplicable la obra de un De Sanctis o de un Croce. Parecerá superfluo recordar que Hegel, de tanto influjo en el pensamiento contemporáneo, intentó superar el romanticismo romantizando la razón merced al principio heraclíteo del devenir. Y quién sabe si en las escuelas estéticas más revolucionarias de nuestra época no sería posible descubrir resabios de la estética romántica.

Farinelli siente una profunda simpatía por el movimiento romántico, máxime por el germánico, que es el inicial. Toda la obra de este maestro, por lo menos la de forma más plena, está expuesta en un lenguaje infatigablemente lírico, de gran belleza, aunque, no está demás decirlo, a veces el lirismo se enturbia un tanto por exceso de efervescencia. Sin estas cualidades no sería Farinelli el gran historiador del romanticismo germánico. Sin embargo, conviene no exagerar el germanismo de Farinelli, pues él solo exalta la cultura germánica cuando en ella alienta un alto espíritu de universalidad. Profesa un amplio latinismo, pero su latinidad se halla despojada de las formas caducas del clásico espíritu de abstracción. Se diría que elabora su latinismo con las esencias más puras de la intuición romántica, que en sus formas más definidas es sin duda de progenie germánica. Semejante concepción bien se evidencia en su célebre discurso sobre *La humanidad de Herder y la idea de raza en la historia del espíritu*. Este trabajo contiene la substancia filosófica de toda la obra de Farinelli, y es también una hermosa prueba de lo que puede el valor cívico en un hombre que jamás ha buscado las sonoras sensualidades de la acción pública, lo que no le impide, en momentos difíciles para su patria, pronunciar *franche parole alla mia nazione*.

Vese, pues, cuán excelentes motivos ha tenido la Facultad de filosofía y letras para patrocinar por medio del Instituto argentino de cultura itálica las conferencias de Farinelli.

Creo innecesario encarecer una vez más la obra de este Instituto. Es sabido cuánto vale la obra que él realiza en la difusión del pensamiento italiano en nuestro país. Conviene a la cultura argentina que este pensamiento, ahora uno de los primeros del mundo,

logre aquí el influjo que merece, todo ello, claro está, sin mengua del sentido crítico argentino.

Mucho es ya lo que ha hecho el mencionado Instituto, y tanto más encomiable resulta su obra si se considera lo precario de sus medios, no obstante el apoyo de la Universidad. Pero abrigamos la esperanza de que pronto el Instituto toargentino de cultura itálica alcanzará gran relieve, merced a la ayuda que no dejarán de otorgarle los cultos y acaudalados miembros de la colectividad italiana del país. Cumplirán así una noble obligación patriótica. Su generoso concurso servirá para que a la incomparable eficiencia del trabajo italiano en la Argentina se agregue la del luminoso espíritu de Italia en sus manifestaciones más elevadas. Egregio representante de este espíritu es ahora el profesor Farinelli, a quien me complazco en ofrecerle esta cátedra, no sin antes presentarle el homenaje de la Facultad de filosofía y letras.

CORIOLOANO ALBERINI.

La asamblea general ordinaria
Renovación de las autoridades del Centro

En un ambiente cordial y entusiasta, en el que los aplausos y plácemes menudearon, tanto para las autoridades salientes como para las que entonces se iniciaban en el gobierno estudiantil, en la tarde del 9 de mayo próximo pasado, en el salón de grados de la Facultad, efectuóse la asamblea general ordinaria.

A las 18 horas, ya verificado el quórum, el presidente saliente, señor Angel J. Battistessa, declaró abierta la sesión, con el siguiente orden del día :

- 1º Lectura de la *Memoria y Balance* del ejercicio 1926-1927 ;
- 2º Transmisión del mando a las nuevas autoridades.

Acto seguido el señor Battistessa procedió a la lectura de la *Memoria y Balance* :

MEMORIA

Buenos Aires, 9 de mayo de 1927.

A la asamblea general ordinaria del Centro estudiantes de filosofía y letras.

Señores socios :

En cumplimiento de la respectiva disposición estatutaria, la Comisión directiva que hoy termina su mandato eleva para su consideración la memoria y balance del ejercicio pasado.

Someramente indicadas, según exige la índole de este documento, las gestio-

nes que la Comisión directiva saliente llevó a término en el transcurso de su desempeño son las que a continuación se expresan:

GESTIONES INTERNAS

Biblioteca del Centro. — Enriquecimiento bibliográfico (informe del señor director de la biblioteca, don José Angel Camurati). — « Buenos Aires, abril de 1927. — Señor presidente del Centro estudiantes de filosofía y letras, don Angel J. Battistessa. — En mi carácter de director de la biblioteca del Centro de su muy digna presidencia, y en cumplimiento de una disposición de la honorable Comisión directiva, cúmpleme el honor de significarle cuáles han sido las actividades de la biblioteca de mi dirección durante el período que va desde el día 15 de mayo de 1926 al día 31 de abril de 1927.

« Cuando me hice cargo de la aludida dependencia del Centro de estudiantes, creí poder realizar al frente de ella una obra eficaz y de provecho para los estudiantes asociados a la institución de su acertada presidencia. No sé si lo habré logrado, pero quedame, sin embargo, la íntima satisfacción de haber aportado todo el esfuerzo posible para el mejor éxito de la gestión administrativa del señor presidente.

« Por ello abrigo la esperanza de haber contribuído con ese modesto esfuerzo a completar la obra de enriquecimiento bibliográfico iniciada por mi digno antecesor, puesto que si bien es cierto que no he aumentado el fondo de la biblioteca en más de 127 obras, no lo es menos que con esas adquisiciones he logrado facilitar el estudio de algunas de las materias de nuestros programas, ya que todas las obras adquiridas son las solicitadas por los señores profesores en las bibliografías de sus respectivas asignaturas.

« No me ha guiado, como ve el señor presidente, el deseo espectacular de abarrotar la biblioteca de nuestro centro, sino más bien el propósito de munirla de aquellas obras de urgente necesidad y de utilidad general para la mayoría de los alumnos.

« Estoy convencido, señor presidente, que la biblioteca del Centro de estudiantes es de utilidad suma para sus asociados; bastará recordar, para probarlo, que durante el ejercicio a mi cargo se han efectuado 1100 préstamos, cifra que habla elocuentemente en favor de la eficacia de esta institución estudiantil.

« Si la biblioteca no tiene mayor número de volúmenes útiles, y si no puede satisfacer, como sería de desear, todas las exigencias, deben considerarse como motivos principales los siguientes: los libros son caros y los recursos de la biblioteca escasos, apenas cuarenta pesos mensuales. Con esa humilde asignación difícil resulta hacer milagros.

« No será formular un juicio demasiado laudatorio para mí, si digo que la biblioteca ha cumplido su misión en la medida de sus fuerzas, y no será jactancia, puesto que con ello no ha hecho más que cumplir con la tarea que le está destinada.

« El personal de la biblioteca, director y bibliotecario, han usado de la más amplia buena voluntad para atender a los estudiantes como ellos merecen, y si alguna vez hubo fallas en esa atención, dicho personal solicita a los compañeros quieran disculparlas.

« No teniendo nada que agregar, fáltame agradecer al señor presidente y, por su intermedio, a la honorable Comisión directiva, todas las gentilezas y atenciones recibidas, y, a los compañeros estudiantes, expresarles nuestro más íntimo reconocimiento por la colaboración prestada para el mejor éxito de nuestras actividades. »

Revista del Centro. — Informe del señor director de *Verbum*, don Ramón Albesa. — « Buenos Aires, abril de 1927. — Señor presidente del Centro estudiantes de filosofía y letras, don Angel J. Battistessa. — Cumplimiento con el deber de informar a usted, de acuerdo con la reglamentación en vigor, que durante el período que he ejercido la dirección de la revista del Centro, *Verbum*, ésta ha aparecido dos veces con los números 66 y 67, en los que han colaborado profesores, egresados y alumnos de la Facultad.

« La dirección hace constar en la presente la buena cooperación que le han prestado en sus gestiones las personas allegadas a la revista y al Centro, y muy principalmente el señor secretario, don León Dujovne, y el señor administrador, don Juan Angel Fraboschi. »

Mejoras en el local del Centro. — Durante los primeros meses del ejercicio se tuvo la esperanza de poder procurar a nuestra institución un local más apropiado y capaz. Sin embargo, a pesar de las gestiones efectuadas, el poco espacio de que dispone la misma Facultad ha hecho imposible, hasta ahora, el cumplimiento de tan simpático anhelo, que, como es natural, esperamos ver realizado por la nueva Comisión directiva. La incertidumbre en que durante algún tiempo se estuvo acerca del posible cambio de local, hizo que no se iniciasen en éste algunas reformas que, no obstante la escasez de recursos, quizá hubieran podido intentarse. Con todo, en el transcurso del ejercicio que hoy finaliza se ha instalado en el salón del Centro el servicio telefónico, de tanta utilidad para los señores socios y, sin que ello haya supuesto mayor gasto, se han procurado también las cortinas, la alfombra, etc., que lo adornan.

OTRAS GESTIONES TENDIENTES A FACILITAR LA LABOR UNIVERSITARIA
DE LOS SEÑORES SOCIOS, EN SU CALIDAD DE ESTUDIANTES DE LA FACULTAD

Relaciones con el Consejo directivo. — La Comisión directiva del Centro pidió y obtuvo de ese cuerpo que en las épocas de examen correspondientes a los meses de julio de 1926 y marzo de 1927 funcionasen dos turnos. Asimismo, obtuvo el aumento de la subvención a la revista *Verbum* y la aprobación de la ordenanza sobre préstamos de libros, de la que se informa en el párrafo siguiente.

Relaciones con la biblioteca de la Facultad. — De acuerdo con una práctica anterior, durante los primeros meses del ejercicio, la biblioteca de la Facultad facilitaba libros a los alumnos de la casa, en préstamo semanal, mediante la presentación de una boleta con la firma del presidente del Centro. En cada caso, el presidente comprometía su responsabilidad pecuniaria para responder por la pérdida o deterioro de cualquier pieza bibliográfica. Era ésta, como se comprenderá, la única garantía de que disponía el señor director de la biblioteca para proveer a la conservación del caudal de la misma. En un principio, el presidente del Centro de estudiantes no tuvo inconveniente en ofrecer la garantía exigida, pero estimó, sin embargo, que todo alumno, por el hecho de serlo, ofrecía a su vez las suficientes garantías morales para que sin más y por su propia firma la Facultad le facilitase libros. Por eso se esforzó y consiguió, después de no pocas y variadas alternativas, que el Consejo sancionase una ordenanza reglamentando el préstamo de aquéllos. Según dicha ordenanza, todos los alumnos de la Facultad, desde segundo año en adelante, pueden obtener libros en préstamo por plazo prudencial y con la sola virtud de su firma. Los alumnos de primer año pueden, por su parte, obtener tales préstamos, bien que deban acompañar cada pedido con la firma del presidente. Esta pequeña limitación al espíritu amplio de la ordenanza, se explica a causa de que la naturaleza, en cierto modo eliminatoria, de las pruebas del primer curso hace que no todos los alumnos que en él se inscriben estén destinados a formar el conjunto regular y permanente de la Facultad.

Relaciones con la Federación universitaria. — Es del dominio de los señores socios que ante la interesada tentativa de intromisión en los asuntos locales del Centro, efectuada no ha mucho por la actual Junta ejecutiva de la Federación Universitaria de Buenos Aires, esta Comisión directiva, en defensa de sus estatutos (art. 20 y 59), y por respeto a los de la propia Federación (art. 56 y 58), retiró sus delegados ante la misma, « hasta tanto dure dicha Junta ejecutiva ». No cabe, en esta memoria insistir sobre el particular, toda

vez que se trata de una cuestión juzgada, y que no debe ponerse a la consideración de la asamblea general ordinaria. Ya en su oportunidad — 20 de octubre de 1926 — la asamblea general extraordinaria, convocada a tal efecto, consideró los distintos aspectos del conflicto. Baste decir, en consecuencia (véanse los folios 66 a 71 del libro de actas), que la mencionada asamblea se solidarizó en un todo con las actitudes asumidas de primera intención por la Comisión directiva, y que, por unanimidad de votos, ratificó su entera confianza a las autoridades del Centro que hoy terminan su mandato.

Extensión universitaria. Conferencias, fiestas y conciertos. — Durante el ejercicio, y en las fechas que a continuación se indican, el Centro organizó varios actos estudiantiles de índole cultural y recreativa:

1° El 7 de septiembre de 1926, en el salón de grados de la Facultad: conferencia sobre « La música rusa contemporánea », a cargo del maestro E. Ansermet. Terminada la conferencia, el disertante conversó con los alumnos, discutiendo con ellos las ideas estéticas expuestas;

2° El 21 de septiembre de 1926, en ocasión del día del estudiante: « El lied alemán », recital a cargo de la eminente soprano Lotte Leonard y del maestro Carl Riedel, artistas ambos de la pasada temporada del teatro Colón (trozos de Bach, Mozart, Beethoven, Mendelssohn, Schubert, Schumann, Brahms, Wolf, Mahler, Strauss, etc.);

3° El 26 de septiembre de 1926, también con motivo del día del estudiante, efectuóse en el Tigre, un *picnic* del que participaron más de cien personas. Los excursionistas emplearon buena parte del día para recorrer los riachos del Delta en uno de los más cómodos transportes de la armada;

4° El 6 de noviembre de 1926, con motivo de la terminación de los cursos: audición de piano y música de cámara a cargo de los distinguidos intérpretes, señorita R. Scharf y señores V. Scharf, J. Sillem y E. Newbery (trozos de Beethoven, Mozart, Grieg, Chopin, Liszt, Max-Reger, etc.);

5° El 29 de diciembre de 1926, fiesta de despedida a los alumnos egresados al finalizar los cursos. El homenaje consistió en un té servido en los salones del Phoenix Hotel. La Comisión directiva renovó así una simpática costumbre, olvidada desde hacía años en nuestra casa de estudios.

Por último, en ocasión del centenario de la muerte de Beethoven, queda organizado un acto conmemorativo, que consistirá en la audición de algunas de las obras más características del gran músico. La nueva Comisión directiva, a la que le corresponderá presidir esta fiesta espiritual, sabrá darle, por su parte, la debida significación.

Curso libre del profesor Ravignani. — Accediendo a un pedido de los alum-

nos de primer año, el Centro invitó al profesor de la casa doctor Emilio Ravignani, para que en un curso libre desarrollase diversos tópicos relacionados con el estudio de la asignatura de dicho primer año, denominada introducción a la historia. Durante las varias clases del curso, ante un auditorio tan numeroso como asiduo, el profesor Ravignani explicó las teorías historicistas de B. Croce.

Conversaciones del profesor Farinelli. — Con los auspicios de este centro, el ilustre profesor italiano de literatura comparada, señor Arturo Farinelli, ha decidido, mientras dure su estada en Buenos Aires, organizar una serie de conversaciones culturales en el local del mismo. El Centro, en el deseo de realizar una obra útil y efectiva, ha invitado a todos los alumnos y egresados de la casa que deseen consultar al señor Farinelli para obtener de él datos históricos, sugerencias críticas o indicaciones bibliográficas que puedan facilitarle la preparación de sus tesis o monografías. Hasta el momento de cerrar esta memoria se han efectuado cinco reuniones, las que, por pedido expreso del profesor Farinelli, fueron dirigidas por el presidente del Centro, señor Angel J. Battistessa.

BALANCE. Período 1926-1927

Tesorería

Entradas

	Pesos
Entrega del período anterior.....	276.65
Mayo 1926.....	544.00
Junio.....	268.00
Julio.....	246.00
Agosto.....	201.00
Septiembre.....	225.00
Octubre.....	74.00
Noviembre.....	233.00
Diciembre.....	105.00
Enero 1927.....	—
Febrero.....	70.00
Marzo.....	158.00
Abril.....	70.00
Total.....	2.470.65

Salidas	
	Pesos
Mayo 1926.....	174.30
Junio.....	168.00
Julio.....	168.00
Agosto.....	253.00
Septiembre.....	257.00
Octubre.....	139.90
Noviembre.....	344.25
Diciembre.....	185.80
Enero 1927.....	103.00
Febrero.....	180.04
Marzo.....	117.80
Abril.....	149.35
Total.....	2,240.44
Saldo.....	230.21

A. J. Battistessa, presidente. — *R. Ardissonne*, tesorero.

Biblioteca

Ingresos	
	Pesos
Del ejercicio anterior.....	9.55
Subvención por los meses de mayo y junio de 1926.....	80.00
Subvención, julio.....	40.00
— agosto.....	40.00
— septiembre.....	40.00
— octubre.....	40.00
— noviembre.....	40.00
— diciembre.....	40.00
— enero de 1927.....	40.00
Por donación del sueldo de la bibliotecaria, señorita C. Reynès.....	32.00
Total.....	401.55

		Pesos
Egresos		
Por factura n° 1.....		5.40
— n° 2.....		2.10
— n° 3.....		40.25
— n° 4.....		12.60
— n° 5.....		2.50
— n° 6.....		13.00
— n° 7.....		3.40
— n° 8.....		10.00
— n° 9.....		3.00
— n° 10.....		2.25
— n° 11.....		6.50
— n° 12.....		4.40
— n° 13.....		6.00
— n° 14.....		5.50
— n° 15.....		18.00
— n° 16.....		7.00
— n° 17.....		60.30
— n° 18.....		31.05
— n° 19.....		6.00
— n° 20.....		38.70
— n° 21.....		12.00
— n° 22.....		21.60
— n° 23.....		24.00
Por estampillas, sobres, etc.....		3.40
Por una llave.....		1.00
Por papel, etc.....		4.10
Por compra de 2 tomos Croce.....		6.00
	Total.....	349.95
	Saldo.....	51.60

Total de obras adquiridas : 127; total de préstamos efectuados : 1.100.

J. A. Camurati, director.

CONCLUSIÓN

Llegados ya al final de esta *Memoria*, no nos toca decidir cuál pueda ser el mérito de la tarea realizada en el año de nuestro ejercicio. Sabedores de que el mejor aplauso es siempre el menos ruidoso, y de que por eso nada hay comparable a la tácita aprobación de la conciencia, para retirarnos con la certidumbre del deber cumplido, nos bastará, como último acto de nuestra gestión administrativa, destacar aquí dos circunstancias.

En primer término, a pesar de la exigüidad manifiesta de sus recursos, — acabáis de oír, por ejemplo, que en el mes de enero su caja social no tuvo ingreso alguno, el Centro estudiantes de filosofía y letras no ha cejado en su intento de facilitar, por todos los medios posibles, la labor universitaria de los compañeros socios: la biblioteca ha aumentado su caudal bibliográfico en forma estimable; la revista ha aparecido regularmente; los alumnos han participado de interesantes actos culturales.

En segundo término — y en esto creemos ver una sanción adelantada y halagüeña para nuestras modestas tareas de funcionarios estudiantiles —, durante el período 1926-1927 el ingreso de socios se ha hecho en considerable e inusitada proporción.

Al abandonar el gobierno del Centro estudiantes de filosofía y letras, quedáanos, pues, la satisfacción cordialísima de entregar a las nuevas autoridades el órgano legítimo y realmente representativo de la voluntad de los alumnos.

ANGEL J. BATTISTESSA,

Presidente.

Eduardo R. Vaccaro,

Secretario.

Puesta la *Memoria* a consideración de la asamblea, fué aprobada por unanimidad de votos y por aclamación. Seguidamente, sobre poco más o menos, el señor Battistessa pronunció las siguientes palabras:

« Cuando hace un año cabal, en una ceremonia idéntica a la de esta tarde, llegué a la presidencia del Centro de estudiantes, me limité a pronunciar las palabras necesarias para destacar las tareas cumplidas por la Comisión directiva anterior. Hoy, al abandonar a mi vez dicha presidencia, me ceñiré a saludar a los compañeros que durante el período 1927-1928, que ahora se inicia, han de regir, con descontado acierto, la marcha y desarrollo de nuestra agrupación estudiantil.

« El espacio que media entre mayo de 1926 y el mes que corre, esto es, el espacio de mi actividad frente al Centro de estudiantes, no me pertenece. Y no porque esté vedado el juicio sobre la propia obra, sea esta buena o mala, sino porque en mi sentir, semejante juicio es privativo de la conciencia de cada uno.

« Con todo, antes de saludar a los que llegan, a modo de brevísimo paréntesis, quiero dar las gracias a los que se van. Y lo que no digan las palabras que lo diga el impulso cordial que las provoca.

« Con voto unánime y con aplauso parejo, acabáis de aprobar nuestra *Memoria*, y ello es señal de que estáis de acuerdo en un todo con la obra realizada. Sin embargo, yo no sería sincero conmigo mismo, si en el seno de esta honorable asamblea no declarase que nada o muy poco hubiese podido ultimar sin la ayuda de Enriqueta Chantada, la compañera bondadosa y discretísima, el espíritu de generosidad máxima, siempre pronto para suavizar los pequeños resquemores que fatalmente suelen producirse en la acción de los cuerpos colegiados; si no manifestase que poco o nada hubiese hecho sin la modestia y la laboriosidad de Amelia Morasso, sin el aporte de María Douillet y de Helena Magán, sin la distinción y el fino señorío de Pura Caballer, sin el humorismo y la crítica siempre vigilante de Dora Palacio, sin la entereza de Corina García Morales, sin el entusiasmo comunicativo de Rosa Blanca Pinasco, sin la solidaridad de Argentina Mira López, de Juana Rigiardo y de Graciela Smith; si no dijese, en fin, lo mucho que significó para mis tareas el enérgico lirismo de Vaccaro, la probada diligencia de Ardissonne, o la colaboración de Zwick y Cuccaresse.

« Gracias al entusiasmo de todos, la Comisión directiva que hoy finaliza su gestión ha podido hacer algo, bien acabáis de reconocerlo, en favor y beneficio de los estudiantes. Les ha procurado, en primer término, lo más que podía procurarles, la ordenanza que rige el préstamo de libros. Ha intentado facilitar, por todos los medios a su alcance, las tareas universitarias de los compañeros. Corrigiendo la antes manifiesta prisa examinatoria, ha procurado suscitar, o en todo caso intensificar, el gusto desinteresado por las cosas del espíritu, forma suprema y única de las verdaderas humanidades. Salvando las incongruencias del plan de estudio o combatiendo toda concesión al diletantismo ambiente, se ha esforzado para desechar de nuestra casa

todo halago al mundanismo espectacular y fácil, que podría convertirla — no se olvide el horario ahora en vigencia — en una suerte de *five o'clock Faculty*, substitutivo elegante del té en lo de Harrods o del consabido paseito por Florida en hora crepuscular y sugerente.

« Y si por dicha no supiese que, por grande y perentorio que sea el ideal que apetece, en estos intentos de reforma se ha de ir con lentitud y por etapas, como director estatutario de la Comisión directiva que hoy termina su mandato, a pesar de lo cumplido, yo me sentiría culpable de no haber realizado algo más. La juventud, decía Goethe, gusta de las alturas y desdén los peldaños. En buena hora, agreguemos nosotros; pero que la fascinación de las cumbres no nos lleve a despreciar el tramo seguro que supone la labor tesonera de cada día, no ocurra que al proceder de otro modo nos agenciemos para siempre la permanencia en el llano. Por eso, hace un año, al tiempo de llegar al Centro de estudiantes por decisión general de los compañeros, seguro de que la tarea no había de faltar y de que a pesar de todo la buena voluntad obraría aciertos, nada prometí por adelantado.

« El tiempo, al que de puro viejo corresponde siempre la última palabra, no ha querido contradecir el recato de lo que quisiéramos que fuese nuestra postura espiritual dominante. Y así, cada día, entre los días que forman el plazo total de nuestra gestión administrativa, traje para mis compañeros y para mí su pequeña fatiga y, junto con ella, secuela inseparable, su pequeña satisfacción. Personalmente nunca aspiré a mayor premio, y a veces hasta lo estimé excesivo. Pero la posición individual de cada uno, poco importa, y, débase a lo que se deba, lo esencial es que todo nuestro entusiasmo no se nos haya ido por la pendiente rápida de los buenos propósitos.

« Al daros la mano en ademán de bienvenida, compañero Camurati, os hago depositario de este puñado de buena simiente. Mis compañeros y yo — que os conocemos discreto y decidido — sabemos que la haréis florecer en proyectos y fructificar en realizaciones. »

A continuación, el nuevo presidente, señor Camurati, puesto ya en posesión de su cargo, pronunció un extenso discurso, en el que hizo frecuentes alusiones humorísticas a ciertos aspectos de la vida estudiantil de nuestra casa. Tanto el señor Battistessa como el señor Camurati fueron muy aplaudidos.

